

LOS SALVAJES DE RIO GRANDE

Silver Kane

ya ya ya ya ya ya

PEPE

Silver Kane LOS SALVAJES DE RIO GRANDE

PRADERA 657

SILVER KANE
LOS SALVAJES DE RIO GRANDE

Colección HEROES DE LA PRADERA n.° 657

CAPITULO PRIMERO

Marlon tuvo otra vez aquel extraño sueño. Le ocurría con frecuencia cuando estaba muy cansado. Solía ver entonces un enorme precipicio al fondo del cual había una extensión de arena. Se hundía en ella, mientras todo su cuerpo acusaba el dolor de la caída.

Era una sensación angustiosa, una sensación que hacía nacer gotitas de sudor en sus sienes.

Siempre era en ese momento, al soñar que se ponía en pie después de la caída, cuando el cañón de un revólver se apoyaba en su frente.

Invariablemente, después de este contacto del revólver, Marlon despertaba con las facciones bañadas en sudor. Hacía un gesto de hastío, se maldecía a sí mismo por soñar aquello y volvía a dormirse. El resto de la noche ya era siempre tranquilo. No soñaba en la caída más que una sola vez.

Ahora, esta noche, cuando llevaba ya un par de horas dormido, le ocurría lo mismo.

Marlon estaba cayendo en sueños.

Sentía la angustia del vacío, sentía que le faltaba la respiración.

Llegó a la arena.

Soñó que se ponía en pie penosamente, con todo el cuerpo doblado por el dolor.

Y como todas las otras veces, en el momento de despertar, tuvo la sensación de que el cañón de un revólver se apoyaba en su frente.

Hizo un gesto de hastío para apartar aquel «Colt» imaginario.

Pero entonces sus dedos chocaron con algo.

Sintió una crispación en la garganta.

El maldito revólver era de verdad.

¡Esta vez no se trataba de un sueño!

Alguien le estaba apoyando realmente el cañón de un arma, en mitad de la frente.

Marlon ahogó una maldición.

Pero no se movió.

Sentía la presencia del acero como si fuese la presencia misma de la muerte.

Sus ojos medio adormecidos sólo vieron sombras.

Pero una más concreta, más palpable que las otras.

—Levántate —dijo, suavemente, una voz—. Pero las manos quietas. Alza el cuerpo flexionando la cintura simplemente.

Marlon, aunque todavía veía mal, comprendió que su enemigo debía distinguirle perfectamente a la luz que se filtraba por la ventana, de modo que obedeció. Además se sentía dominado por una sensación que le desarmaba, esa sensación que nos acomete cuando vivimos entre la realidad y el sueño.

El revólver se retiró.

—Ahora puedes encender el quinqué. Pero ten cuidado. Te estoy apuntando desde menos de dos yardas.

Marlon pensó que quizá ahora tendría una oportunidad de defenderse, si saltaba con rapidez del lecho y arrojaba las ropas sobre su enemigo. Pero eso sí que era soñar. A la distancia a que el otro estaba, le rellenaría de plomo en cuanto le viera hacer un solo gesto que no le gustase.

De modo que encendió el fósforo y prendió la llamita a la mecha del quinqué. La luz le permitió distinguir un hombre alto, moreno, en cuyos ojos brillaba una chispita de odio. Llevaba en la derecha un calibre 45 con el que nadie se hubiera atrevido a gastar bromas.

—¿Quién eres? —susurró Marlon.

—No te importa. Y ahora, ¡vístete!

Realmente pocas cosas necesitaba Marlon para estar a punto. Los pantalones, la camisa, las botas y... y el cinto canana. Pero cuando iba a llevar los dedos hacia él, la voz dijo metálicamente:

—Tócalo y te abraso.

—Sólo quería dártelo.

—Entonces gracias por la buena intención, pero como vuelvas a tender los dedos te dejo seco. Y ahora ve hacia la puerta.

Marlon sabía que un día tenía que llegar aquello, pero últimamente ya se habían renovado sus esperanzas. Estaba seguro de que le buscaban; sin embargo, tan cerca estaba ya de la frontera que había confiado en llegar a México sin que al fin diesen con él.

Ahora aquella esperanza se había desvanecido. Acababan de dar con él en el único momento en que no podía defenderse.

Avanzó hacia la puerta, mientras preparaba los músculos para pasar a la acción. No consentiría que le matasen como a una liebre.

Pero se dio cuenta un instante después de que podía abandonar toda esperanza. Al otro lado de la hoja de madera, que estaba entreabierta, le aguardaban dos hombres más, empuñando rifles. Marlon comprendió que nada podía hacer ahora y que lo mejor era esperar a que aquellos tipos cometiesen algún fallo… si lo cometían.

—Baja.

Las escaleras crujieron bajo el peso de los tres. Aquélla era una casa de habitaciones más o menos clandestinas donde nadie preguntaba nada y donde raramente vigilaba alguien durante las noches. Por eso no había nadie abajo, en el *Compton.* En cambio había cuatro caballos preparados junto a la puerta.

—Lo teníais todo muy bien dispuesto…

—No hace falta que gastes saliva. Sube a uno de esos caballos y sigue portándote bien.

Marlon comprendió que tenía que seguir obedeciendo y montó en uno de los caballos, mientras sus tres enemigos ocupaban también las sillas. Pero lo hicieron por turno, de modo que siempre hubo al menos uno de ellos apuntándole. Luego, el que le había encañonado en la habitación, se situó delante, y los dos de los rifles detrás. De este modo salieron de la pequeña población y avanzaron por las veredas silenciosas que llevaban hasta río Grande.

Marlon trató de sonreír.

—¿Qué pasa? ¿Es que me lleváis a México?

—No vamos tan lejos. Sigue por la derecha. Así. Pegado al caballo del que va delante.

De ese modo avanzaron un par de millas, entre la oscuridad, hasta que llegaron a un pedazo de llanura pelada.

—Detente.

El de delante se había detenido también. Marlon frenó su caballo y miró hacia la izquierda, hacia donde miraban los otros.

Y entonces se estremeció. Entonces sintió frío hasta el fondo de la espina dorsal.

Porque se dio cuenta de que estaba viviendo otra vez —pero ahora en la realidad— aquel maldito sueño.

* * *

El barranco era en realidad un pozo de paredes de basalto, lisas como un poste. Debía haber al menos veinte yardas desde sus bordes

hasta el fondo y se extendía en una enorme y blancuzca superficie de arena.

La luna iluminaba aquello claramente, tan claramente como si fuese de día.

—Acércate al borde.

Marlon se estremeció de nuevo. Comprendió que aquellos tipos querían acabar con él, pero no adivinó la razón. No los había visto nunca ni le habían dicho aún por cuenta de quién obraban.

—Más vale que me peguéis cuatro tiros —masculló—. Ni a un caballo muerto se le despeña de esa manera.

—No puedes elegir, Marlon. No sólo vamos a acabar .contigo, sino que ahí te haremos desaparecer.

Marlon procuró no alterarse. Y consiguió tener una expresión tranquila, casi hierática, cuando se volvió para preguntar:

—¿Por qué...?

Y entonces la vio. Entonces supo la razón.

La mujer estaba también junto al despeñadero, quieta entre las sombras, erguida en la silla de su caballo. Tenía los cabellos sedosos y largos; la cintura breve; las piernas sólidas, macizas, torneadas y firmes; los labios secos; los ojos helados y crueles.

Dijo suavemente:

—Adiós, Marlon.

Fue todo su himno de funeral.

Una llamarada roja partió de su mano derecha.

CAPITULO II

Marlon sintió un brusco choque en el pecho. No pudo ni gemir. El paisaje empezó a dar febrilmente vueltas en torno suyo.

Era mucho peor que en el sueño.

Era mil veces más angustioso.

No se dio cuenta de que caía, hasta que tuvo la sensación de que trataba de abrazarse a las paredes de basalto. La arena pareció subir vertiginosamente hacia sus ojos.

Se hundió materialmente en ella.

El dolor fue espantoso. Tuvo la sensación de que se había roto la columna vertebral.

Esta vez no ocurrió como en los sueños; no pudo ponerse en pie. La sensación de muerte le ahogó.

Pero pronto cesó todo. Pronto quedó sumido en la terrible, en la angustiosa sensación de la nada.

* * *

No supo cuánto tiempo había estado así. Pero cuando recobró el conocimiento tuvo la sensación de que hablan pasado varias horas.

Y no se equivocaba, puesto que las luces del amanecer se estaban insinuando por encima del pozo. Pero fueron esas luces las que le permitieron descubrir lo más tenebroso de aquella perspectiva.

Al principio eran como siluetas inciertas.

Luego las distinguió con perfecta claridad.

Los buitres ya estaban acechando en los bordes de las paredes de basalto. Sus ojillos ansiosos ya se clavaban en él, esperando el momento de lanzarse sobre la presa.

Marlon respiró hondamente, mientras sentía una especie de ronquido en el pecho.

La herida no le sangraba ya, pero cada movimiento era para él como una puñalada. Trató de ponerse en pie... |y entonces comprendió que no podía moverse!

A duras penas podría arrastrarse sobre la arena. Llegar hasta las paredes de basalto era ya una empresa que se le antojaba increíble.

Y jamás podría subir por ellas. Ni soñarlo. No podría elevarse ni una sola yarda.

Sus ojos nublados miraron a los buitres.

Le esperaba una muerte horrible.

Le esperaba un suplicio inacabable que no hubiera deseado para el peor de sus enemigos.

Lástima que el balazo no hubiera acabado con él. Lástima que la caída no le hubiese destrozado.

Miró hacia los buitres.

El sabía que los buitres tienen una fina inteligencia. Conocen perfectamente cuándo un hombre está indefenso y lo pueden atacar sin riesgo.

Las alas negras empezaron a abrirse.

Aquellos siniestros carniceros del espacio empezaron a pasar cada vez más cerca suyo. Un par de ellos se posaron en la arena, apenas a diez yardas.

Marlon consiguió asustarlos con gritos al principio. Luego los buitres se acostumbraron y volvieron a acercarse otra vez.

Ya formaban en torno suyo un espeso círculo.

Había al menos doce.

Marlon sabía que esa clase de pajarracos, cuando se disponen a atacar, siempre dejan la iniciativa a uno de ellos. Es uno de ellos el que se lanza y tantea la resistencia de la víctima, dando la señal para que los otros ataquen. Y cuando esto sucede, un hombre puede quedar destrozado en pocos minutos.

Marlon sentía en las sienes el sudor de la muerte.

Llegó a identificar al jefe de los buitres, el que iba de un lado a otro buscando su punto flaco. Le arrojó arena y el buitre chilló, moviendo frenéticamente las alas, pero apenas cambió de sitio.

El joven sintió que sus ojos se nublaban.

Frenéticamente intentó resistir.

¡Y el buitre se lanzó en aquel momento! ¡Dio a sus compañeros la señal para el macabro banquete!

Marlon trató de apartar con las manos aquellas siniestras zarpas que ya iban a clavarse en su pecho. Pero abandonó toda esperanza al ver que los otros pájaros también se lanzaban sobre él.

Las uñas se hundieron en su carne.

Se oyó un terrible graznido.

Y entonces ocurrió algo que Marlon ya no esperaba. Los buitres se asustaron como si hubieran captado una presencia extraña.

Revolotearon siniestramente sobre su víctima y luego se posaron a poca distancia.

El joven arañó la arena.

Tenía la boca espantosamente seca.

Se dio cuenta de que alguien había llegado hasta allí, aunque era extraño que alguien se hubiese acercado a un paraje tan solitario. A menos que la mujer que había disparado contra él, quisiera asegurarse de que su «trabajo» había sido bien terminado.

El joven trató de arrastrarse, pero eso le hizo perder el sentido de nuevo.

No veía absolutamente nada.

Unos instantes después, sin embargo, se dio cuenta de que los buitres volvían a volar para posarse en lo alto de las paredes de basalto, pero sólo en un lado de éstas, como si al otro hubiera alguien que les molestase.

Y entonces el joven notó un roce en el pecho. Se estremeció, creyendo que alguno de aquellos buitres volvía a atacar.

Pero entonces se dio cuenta de que estaba llegando hasta él la cosa más extraña —o más inesperada— del mundo. Se trataba de una cuerda al extremo de la cual estaba firmemente sujeto un garfio.

El joven no lo entendía.

Hasta que alguien gritó desde arriba:

—¡Sujétate! ¡Y, si no puedes, clávate el garfio en la camisa y yo tiraré hacia arriba!

El que hablaba tenía que ser mexicano, a juzgar por su acento inconfundible. ¿Pero cómo diablos estaba allí? ¿Qué hacía al borde de aquella especie de tumba?

—¡Anímate, infiernos! ¡No voy a estar aquí hasta que se haga de noche otra vez, maldita sea!

Marlon se sujetó con todas sus fuerzas.

Pero sus músculos fallaban. Cuando el otro empezaba a izarle, el dolor se le hizo intolerable. Cayó de nuevo y fue peor todavía.

—¡Repítelo! —gritó la voz—, ¡Pero ahora engánchate bien el garfio a la camisa!

Era la única idea aceptable… si la camisa resistía. Marlon la puso en práctica y empezó a ser izado hacia las alturas por medio de tirones que le parecieron cada vez más bruscos.

—¡Eh, tú! ¡Que voy a llegar sin piel!

—¡Eso díselo a mi caballo!

—¿Es un caballo el que está tirando?

—¡Claro! ¿O crees que yo solo tendría tanta fuerza?

Dos veces más estuvo a punto Marlon de perder el sentido. El dolor en las articulaciones se le hizo insoportable.

Pero por fin se vio al borde de lo que debió haber sido su tumba. El tipo que le había salvado gritó:

—¡Soooo…! ¡Ya basta!

El caballo obedeció y la cuerda dejó de estar tensa.

Marlon vio a su salvador como si estuviera envuelto en una especie de neblina. Eso no era extraño, porque su cerebro aún estaba sometido al terrible *shock,* pero no obstante tuvo la sensación de haberle visto antes en alguna parte.

Y de pronto los recuerdos volvieron a él. De pronto, dijo, con un soplo de voz:

—¡Sierra!

El otro lanzó una carcajada.

—¿Tanto te sorprende?

—¿Qué hace aquí un bandido como tú? ¿Qué hace en esta tierra un maldito cazador de hombres?

—Pues precisamente eso: cazar a un hombre.

Marlon empezó a pensar confusamente que la cosa iba mal. Y empezó a pensar confusamente también que quizá hubiera sido mejor que lo dejasen abajo para siempre:

Sierra añadió:

—Te he buscado por todo Texas, amigo. Y cuando ya había localizado el cochino hotel en que te alojabas, he visto que te sacaban de él tres tipos armados.

—Pues podías haberme ayudado entonces…

—No me he atrevido. Ya te digo que eran tres. Y dos de ellos llevaban unos petardos del calibre 73 que debían hacer mucha pupa.

Marlon susurró:

—Por favor, dame agua.

El otro le puso una cantimplora entre los labios. Pero se la retiró apenas el joven hubo bebido dos tragos.

—No conviene que bebas mucho, de pronto. Tienes que hacerlo poco a poco o la palmarás.

—Sierra…

—¿Qué hay?

—Dices que nos has seguido hasta aquí. ¿Qué más has visto?

—Bastantes cosas. Estaba a poca distancia, ¿sabes? Pero he tenido que aguantarme hasta estar seguro de que se hablan ido lejos. Sobre todo he visto que una mujer te enviaba al infierno.

Marlon entrecerró los ojos.

—Una mujer... —dijo apenas con un soplo de voz.

—Y muy bonita. ¿Quién era?

—Alguien que está muy unido a mí.

—¿Pero quién...?

Marlon dijo con un soplo de voz:

—Mi esposa...

CAPITULO III

Cuando el joven volvió a recobrar el conocimiento, estaba tendido en la llanura y sobre su cabeza rielaba la luna. Comprendió que poco después del diálogo con Sierra se había desmayado a causa de la debilidad y el dolor. El mexicano estaba inclinado sobre él y le aplicaba un vendaje.

—Lo vas a pasar mal, muchacho —fue todo lo que dijo.

—¿Cuándo me he desmayado?

—Hace una hora.

—¿Y la bala?

—Te la he extraído ya.

Marlon bebió otro par de sorbos de la cantimplora que Sierra le ponía en los labios.

—Lo que me extraña —musitó, cuando pudo hablar de nuevo— es que con aquel balazo a quemarropa no reventara de una vez.

—Has tenido suerte. De cien veces noventa, un balazo así te mata. La bala ha dado en hueso y por eso no ha hecho tanto daño, aunque estaba tan hincada que te la he tenido que sacar en varias fases. Te has desmayado bastantes veces, la última hace una hora, como te digo. No sé si te das cuenta de que vuelve a ser de noche.

Marlon bebió otro sorbo.

—Claro que me doy cuenta. Y pienso en la bala... Pienso que reventar entonces casi hubiera sido... mejor.

—Duele, ¿eh?

—No puedo soportarlo.

—Espera. Te daré otra cosa.

Le entregó otra cantimplora más pequeña, y Marlon bebió. El contenido era una especie de narcótico con sabor a rabo de perro pasado por agua. El joven sintió que la vista se le nublaba y sólo tuvo tiempo de decir:

—Condenado buitre...

Era una manera un tanto extraña de dar las gracias.

Pero Sierra se encogió de hombros y no se inmutó en lo más mínimo. Vamos, que ni caso.

* * *

Todo aquello era para Marlon una maldita pesadilla, mucho peor que las de sus sueños. Cuando volvió a recuperarse, ya había

asomado un hermoso sol por el Este.

Se sentía mucho mejor. El calmante y el descanso habían producido un pequeño milagro. Pero cuando trató de incorporarse no pudo. La cabeza le daba vueltas y los brazos le pesaban como si estuvieran lastrados con plomo.

La voz de Sierra le tranquilizó:

—No, no estás atado, muchacho. Lo que pasa es que todavía te encuentras muy débil.

—¿No me has cambiado de sitio?

—No. Estás en el mismo lugar de anoche.

—Pues voy a echar raíces...

—Te llevaré a Rinconada, al otro lado del río Grande. Ahora han pasado ya bastantes horas y puedo empezar a doblarte sobre la silla de un caballo sin que revientes.

Marlon apretó los labios.

Y trató de mantenerse sereno mientras hacía la pregunta que había tenido desde el principio en la punta de la lengua:

—Tú dijiste que habías cazado a un hombre, Sierra, y ese hombre soy yo. Supongo que me necesitas para una misión. ¿Pero cuál?

El mexicano se pasó una mano por la barba de varios días y musitó:

—Para que consigas un cuarto de millón de dólares. Quizá incluso medio millón.

CAPITULO IV

La habitación era pequeña y no tenía demasiada luz, pero se descansaba bien en ella. Después de una semana entera de reposo, Marlon se sentía mucho mejor, aunque a duras penas hubiera podido montar a caballo. Fue entonces cuando Sierra se decidió a hablarle claramente.

Le mostró un plano de la comarca.

—Nosotros estamos en Rinconada —dijo—, en la orilla mexicana de río Grande. Te pasé doblado sobre la silla de un caballo cuando no te dabas cuenta de nada. Por este sector se halla la ruta de las drogas y de las armas entre Estados Unidos y México, pero ahora no vamos a hablar de eso.

—¿ Pues de qué... ?

—Tú habrás oído mencionar al coronel Santos.

—Claro... ¿Y quién no? Demasiado tiempo he vivido junto a la frontera de México para no haber oído ese nombre.

—Sabes que manda un grupo muy numeroso y que impone su ley en este Estado. Casi todos sus hombres son desertores y proscritos, pese a lo cual el Gobierno no ha tomado ninguna medida eficaz contra él.

—Lo sé —dijo Marlon—, y eso siempre me ha extrañado.

—Todo tiene su explicación. En el distrito federal mexicano tienen la creencia de que Santos puede ser un buen elemento, una buena carta para el gobierno si por aquí se desata lo que ellos llaman «la fiebre revolucionaria». Controla tanto territorio, que si se pone al lado de los que mandan será para ellos una ayuda inapreciable.

—Voy entendiendo. Al gobierno le bastará ascenderle a general y concederle el perdón, ¿no? De ese modo lo volverá a tener a sus órdenes.

—Más o menos por ahí van las cosas.

—¿Pero tú cómo sabes todo eso, Sierra? No eres más que un viejo granuja.

—Precisamente por eso. Los viejos granujas tienen que estar enterados absolutamente de todo.

Marlon rió. Pero la risa se le fue helando poco a poco en la boca

al ver la expresión de Sierra.

Este se sentía realmente obsesionado por una idea, y lo demostraba con la quietud hipnótica de sus ojos.

—El coronel Santos —musitó—, no es independiente, de todos modos. Difícilmente hubiera llegado a ser lo que es sin contar con la protección de alguien. Ese «alguien» le señala los objetivos a alcanzar y le dirige desde la sombra.

—¿A quién te refieres?

—No lo sé. Ni siquiera un viejo granuja como yo puede averiguar todos los detalles. Pero quiero decirte con eso que quizá no tengas que enfrentarte solamente a Sierra, sino también a alguien más.

—¿Y quién dice que voy a enfrentarme?

—Te lo digo yo, Marlon. Sé que eres también un granuja profesional. Nunca has rechazado un buen negocio.

—Pero soy yo el que los elige.

—En este caso tendrás que fiarte de mí. No creo que te hiciera ninguna gracia el que yo hablase de tu actual paradero a los hombres que te persiguen,

—Condenado perro sarnoso...

—Gracias por el piropo, Marlon, pero ya sabes que no me afecta. Y ahora vamos a lo que interesa. Si se consigue ese botín, habrá la mitad para cada uno.

—¿Dónde está ese cuarto de millón?

—Ya te he dicho que puede ser más.

—¿Pero dónde encontrarlo?

—No lo sé exactamente, aunque creo que conseguiré averiguarlo. En el peor de los casos, tendría que decírnoslo el propio coronel Santos.

—¿Estás loco? ¿Es que has llegado a soñar que podemos hacerlo prisionero?

—En esta aventura todo tiene que ser posible, Marlon; hasta lo más arriesgado. Hasta lo que los otros no se atreverían ni a soñar. Por eso he buscado a un tipo como tú.

Marlon alzó un poco la cabeza.

Sierra le conocía bien. Aunque llevaban años sin verse, no habían cambiado ninguno de los dos. Eran unos aventureros dispuestos a lanzarse sobre cualquier botín, aunque detrás de ese botín hubiera cien revólveres cargados.

Y la verdad era que el asunto empezaba a interesarle. No sólo por el dinero, sino también por la condenada sensación de aventura que se desprendía de él.

—Necesito más detalles, Sierra —musitó.

—Lo único que puedo decirte es que Santos se mueve actualmente en esta comarca.

—¿Con cuántos hombres?

—Unos cincuenta.

Marlon cerró un momento los ojos.

—Estás loco —dijo de pronto—. Yo me he metido en muchos líos, pero en todos había alguna probabilidad de salir con vida. En éste no. Estás rematadamente loco si crees que vas a poder engancharme con eso.

—Lo sentiría, amigo, porque entre tú y yo nos íbamos a perder una gran fortuna.

—Pero yo perdería algo más: ¡la piel! ¡Y no tengo otra de recambio!

—Tu piel me pertenece. La hubieras perdido si no llego a intervenir a tiempo.

—¿Qué quieres? ¿Que me haga matar por gratitud?

—Es que también conseguirías otra cosa —dijo Sierra—: la gratitud de Susan Loman.

Marlon entrecerró los ojos.

Conocía bien aquel nombre.

Y algo más.

—¿Qué pinta Susan Loman en esto? —musitó.

—Dicen que Santos la despojó de su dinero.

—Oye, Sierra, maldito seas: ¿estás trabajando para ella?

—Puede ser que haya llegado a un acuerdo, pero ése, en todo caso, es asunto mío.

—Dímelo con franqueza: ¿cuánto habría que darle a ella?

—Unos cincuenta mil, que fue lo que Santos se le llevó. Pero se los entregaría de mi parte, o sea que tú no te verías afectado. Mejor dicho: le entregaría unos treinta mil, porque el resto me lo da de premio. Y puede que a ti te «recompensara» también.

Alzó un poco las manos, mientras añadía suavemente:

—En fin, que podrías tener la gratitud de Susan Loman. Y ya sabes lo que esa gratitud significa.

Marlon chascó los dedos.

—Sí —murmuró, al cabo de unos instantes—. Sé que es una mujer muy generosa con sus encantos particulares. Ha amado a tantos nombres que supongo habrá llegado a olvidarlos a todos. Y ya no debe importarle uno más.

—De acuerdo, pero ese «uno más» podrías ser tú. ¿Es que una mujer como Susan Loman te deja indiferente?

Marlon pensó en la hermosa hembra que había tratado de matarle.

Pensó en su extraña esposa.

Y con una sonrisa lejana, murmuró:

—No, no me deja indiferente. Pero no quiero conocer a otras mujeres ni tener más líos con ellas.

Sierra se puso en pie, abandonando el borde de la cama en que se había sentado hasta entonces.

Parecía sinceramente apenado, casi hundido ante la resistencia de Marlon. Pero sarna que podía convencerle de otra manera y por eso dijo bruscamente:

—Entonces es que eres un cobarde.

—Vete al diablo, Sierra.

—Tienes miedo a enfrentarte a un grupo de pistoleros.

—¡Cuerno! ¡A cualquier cosa llamas tú «grupo»! ¡Resulta que son cincuenta tíos!

—Pero no tendrás que enfrentarte a todos si empleas la astucia. Y además eso antes no te importaba. Nunca tenías miedo. Nunca preguntabas cuántos eran los hombres a los que tenías que matar.

—Ese truco de llamarme cobarde se te acaba de ocurrir ahora, Sierra. Y no me hace ningún efecto.

—Pues entonces, ¿qué debo decirte?

—No me digas nada. En el fondo tú vives de buscar pistoleros como yo para que hagan determinados trabajos, y d lo que ellos obtienen te sacas una comisión. Muy bien, me parece una excelente idea. Pero no me llames cobarde, Sierra, porque repito que eso no me afecta. Dime solamente que no te puedo dejar sin tu dinero porque, al fin y al cabo, me has salvado la vida.

Los ojos de Sierra brillaron febrilmente.

—¡Eres un tío macho! Entonces, ¿aceptas?

—Claro que sí —dijo Marlon resignadamente—. Creo que voy a

meter las narices en esa aventura loca...

CAPITULO V

La cantina estaba casi vacía.

A un lado y otro del río Grande, los establecimientos se parecían bastante. Guitarra más, guitarra menos, mosca más, mosca menos, las bebidas eran las mismas y los bebedores también. A un lado y otro de río Grande se respiraba la misma atmósfera de aventura, de peligro y, a veces, de muerte.

Marlon acercó a sus labios el vaso de whisky y bebió lentamente.

Ya hacía dos días que se levantaba, tratando de realizar su vida normal. Ya llevaba dos días haciendo prácticas de tiro otra vez, montando sobre la silla y tratando de galopar. Se sentía bastante fuerte, aunque distaba mucho de encontrarse en su mejor forma todavía.

Bebió el segundo trago.

Y entonces vio a aquellos dos tipos.

Seguro que venían a por él. Un oscuro presentimiento se lo dijo. Llevaba tanto tiempo metido en toda clase de jaleos que sabía ya muy bien cuándo le visitaba la muerte. Y a aquellos dos fulanos sólo les faltaba llevar un ataúd con su nombre.

Marlon dejó lentamente el vaso sobre la barra. Sus ojos se clavaron en los recién venidos.

Eran gringos.

Eso no resultaba extraño, porque había muchos gringos allá (él mismo lo era) como había muchos mexicanos en Texas, al otro lado de la frontera.

Se situaron a cierta distancia.

Uno a cada lado de la puerta.

Le miraron fijamente. Había algo en ellos que hizo que los demás clientes se apartaran poco a poco.

El de la izquierda preguntó:

—¿Tú eres Marlon?

Marlon trató de sonreír.

—Debo tener algo extraño en la cara —dijo—. Hace ya bastante tiempo que todos los desconocidos se meten conmigo.

—¿Qué desconocidos?

—Pues... por ejemplo hace poco unos me sacaron de la cama y

por poco me apiolan al otro lado de la frontera.

Marlon procuraba hablar con naturalidad, como si no diera a aquel asunto demasiada importancia. Mientras tanto mantenía tenso el brazo derecho, listo para proyectarlo sobre el revólver.

Sabía que aquellos dos tipos habían venido a matarle, aunque todavía no podía adivinar por qué.

Pronto se lo dijeron.

Ahora habló el de la derecha:

—Tu amigo Sierra se ha ido de la lengua —dijo—. El siempre habla mucho cuando está borracho.

—Y tiene la mala costumbre de emborracharse siempre que está alegre —confirmó Marlon.

—Pues en esta ocasión debía estar muy alegre porque te había encontrado a ti. Se bebió dos botellas y charló por los codos. Más le valiera haber callado.

Marlon apretó los labios.

—Será simple curiosidad —dijo—, pero me gustaría saber qué demonios explicó.

—Entre otras cosas, que pronto al coronel Santos se le iba a caer el pelo.

—¿Y eso qué tiene que ver con vosotros?

—El coronel Santos cuenta con gente que escucha por él —dijo el que estaba a la derecha.

—Y que actúa cuando hace falta —mascculló el de la izquierda.

—En resumen, que sois espías del coronel en la zona de Rinconada, ¿no es cierto?

—Llámanos como quieras. Puedes llamarnos espías... y también verdugos.

Los dos se movieron a la vez.

Ya habían hablado bastante.

Ahora sólo les quedaba por hacer una cosa: ¡Matar!

Siendo dos contra uno y sabiendo —pues Sierra también lo había dicho mientras empinaba el codo— que el hombre al que iban a liquidar había estado poco antes al borde de la muerte, su tarea les pareció fácil.

Además, no avisaron.

«Sacaron» instantáneamente, cuando nadie hubiera podido esperar aquel gesto tan rápido.

Pero Marlon era un profesional. Bastante más que ellos.

Adivinó su gesto cuando iban a iniciarlo, y se ladeó pegándose a la barra. Aquel movimiento fue tan rápido, tan perfecto, que los dos pistoleros vieron en fracciones de segundo cómo el enemigo desaparecía de delante de sus ojos. Uno de ellos disparó al vacío y el otro intentó desviar el revólver.

Dos lenguas de fuego brotaron del revólver de Marlon.

Sus reflejos habían funcionado bien. Volvía a ser el que fue antes de que lo arrojaran al pozo de los buitres.

Los dos pistoleros se contorsionaron, alcanzados mortalmente. El de la izquierda y el de la derecha parecieron ir a juntarse en el mismo sitio. Cayeron junto a la puerta mientras sobre las tablas se extendían dos hilos de sangre.

Los que acababan de presenciar el duelo estaban asombrados.

Aquélla era una zona de excelentes tiradores, pero pocos demostraban la rapidez de reflejos y la colocación de Marlon.

Este susurró:

—Supongo que estos dos bichos vivían en la comarca...

—Sí —dijo el cantinero con voz temblorosa—. Todo el mundo sabía que trabajaban para el coronel Santos.

—¿Espías?

—Algo así. Le daban toda clase de informaciones que pudieran serle útiles, en especial sobre las personas que pasaban el río Grande de Texas.

—Hum... Entiendo. Un hombre como Santos necesita un buen servicio de información. ¿Y es cierto que ese maldito de Sierra se emborrachó la otra noche y charló por los codos?

—Algo así —dijo uno de los mexicanos que estaban al fondo del local—. Invitó a todo el mundo. Dijo que tenía un amigo con el que iba a conseguir grandes cosas. Y pagó no sé cuántas rondas a cuenta de 1o que le iba a sacar al coronel Santos.

Marlon entrecerró los ojos.

Mal asunto. En un trabajo de aquella clase, lo primero que había que hacer era guardar el secreto, pero eso parecía no haberlo aprendido aún el animal de Sierra.

Incluso habiendo matado a los dos hombres que debían informar a Santos, era evidente que éste llegaría a conocer que un gringo llamado Marlon había pasado el río Grande para liquidarle. Lo sabía

ya tanta gente que cualquiera se lo diría.

—Supongo que esos dos hombres no informarían directamente al coronel —dijo, señalando a los dos muertos—. Debía venir un enlace a reunirse con ellos.

—Así es —dijo el cantinero.

—¿Quién es ese enlace?

—No lo sabemos.

—¿Cómo que no lo saben?

—Le juro que...

Marlon hizo oscilar entre sus dedos el revólver con el que acababa de matar a los dos esbirros.

—Soy un profesional del gatillo, amigo —dijo, exagerando un poco—. Y no me importaría vaciar alguna cabeza más, por ejemplo la suya, si con ello había de obtener alguna ventaja.

—Lo único que puedo decirle es que... Bueno, esos dos tipos vivían en el hotel México. Hay que suponer que el enlace del coronel Santos venía a verles allí.

La mandíbula del cantinero temblaba. Y había tanto terror en sus ojos que Marlon tuvo la convicción de que estaba diciendo la verdad,

—De acuerdo —dijo, mirando a los otros clientes—. Ahora escuchen bien esto, amigos. Me acuerdo perfectamente de las caras de todos los que están aquí. Si el coronel Santos o alguno de sus emisarios conoce la muerte de estos dos tipos antes de hora, les juro que habrán bebido ustedes el último trago de su vida.

Todos se dieron cuenta de que Marlon no bromeaba. Después de haberle visto disparar, sabían que era un auténtico profesional con el que no valían añagazas.

Y Marlon también comprendió que no hablarían. A ninguno de ellos le interesaba jugarse la piel por nada.

Salió del local.

Había dos hoteles allí, los dos muy parecidos. Uno era el Norte y el otro era el México. El y Sierra se alojaban en el

Norte. Marlon se dirigió a su habitación y encontró al viejo granuja tumbado en la cama con una botella.

Le saludó cariñosamente.

—Eh, tú, Sierra, maldito puerco.

Sierra tuvo un acceso de hipo.

—¿Qué... qué te pasa?

—Parece que ya empezaste a celebrar el éxito que íbamos a tener, ¿no? Ya has invitado a todos los gandules de la ciudad a cuenta de la plata del coronel Santos.

—Bueno, yo... Es que..., ¿es que ha ocurrido algo?

—Dos informadores del coronel ya sabían que yo había pasado a México para intentar la aventura.

Sierra se encogió en la cama, mientras palidecía de vergüenza.

—En fin, muchacho. Tú estabas vivo y había que celebrarlo...

—No me digas que lo celebrabas por mí. Y además podías haber pillado la merluza sin salir de esta habitación, imbécil.

—Tienes razón, Marlon. Me siento avergonzado. Una idiotez de esa clase es indigna de un viejo zorro como yo.

—¿Zorro? No te hagas ilusiones. Lo que pasa es que los años ya te han ido convirtiendo en una lagartija.

Marlon, no me lo tomes en cuenta. Te juro que no volveré a tener ningún fallo más.

El joven hizo un gesto de indiferencia. Al fin y al cabo Sierra le había salvado la vida, aunque fuera con móviles interesados. Mejor serla que olvidase el error que había cometido.

Se acercó a la ventana.

Y de pronto se detuvo.

No fue nada de especial. Sólo se llevó una mano a los ojos y se los frotó. Pero hubo en su gesto algo extraño, como si perdiera el equilibrio, o como si tuviera que dominar de pronto una especie de vértigo.

Sierra brincó de la cama, alarmado.

—¿Qué te pasa?

Marlon trató de sonreír, retirando la mano con que se había cubierto los ojos.

—Nada —dijo—, absolutamente nada.

—Pues he tenido una sensación extraña.

—¿Qué sensación?

—No te lo tomes a mal, muchacho, pero me ha parecido que ibas a caerte redondo.

—Olvídalo.

—¿Es aún a causa de la herida? ¿Hay momentos en que te sientes todavía mal?

—No. Es algo que me ocurre a veces. Lo que pasa es que quizá nunca me había ocurrido estando despierto.

—¿Qué... qué te pasa?

—La sensación de caer.

Sierra le miraba perplejo.

—No te entiendo, amigo. Caer, ¿adónde?

—A un sitio como aquel del que tú me sacaste.

—Bueno... Es natural —y Sierra trató de reír—. Te ha quedado un mal recuerdo de aquello.

—No. Es algo que ya me había sucedido antes. Precisamente la noche en que me lanzaron a aquel abismo yo había soñado que me ocurría precisamente eso.

Sierra palideció.

—Amigo... —balbució—. Déjate de... imaginaciones, ¿quieres? Si te parece nos zampamos juntos lo que queda de la botella de whisky. Y conste que ya está pagada.

—No es eso. Se trata de una extraña pesadilla que *yo* diría que me persigue desde mi niñez. Siempre ocurre lo mismo y siempre termina de la misma manera.

—¿Cómo empieza y cómo termina?

—Noto que caigo por un pozo de paredes muy lisas y muy negras. Supongo que deben de ser paredes de basalto, porque el basalto suele tener un color más oscuro. Al fondo hay arena. Casi me hundo en ella y a causa del choque me duele todo el cuerpo, pero no llego a causarme ninguna lesión importante. Luego me voy recuperando. Y entonces un revólver se apoya en mi sien...

Sierra se pellizcó una oreja.

En toda su condenada vida él no había soñado más que en dos cosas: en botellas de whisky y en señoras gordas que le enseñaban las piernas. De manera que eso de caerse a una especie de pozo no acababa de entenderlo bien.

—También es mala pata —dijo—. ¡Con la de cosas estupendas que puede soñar uno! La otra noche, sin ir más lejos, soñé con seis bailarinas, seis. ¡Y hubieras tenido que ver las piernas que tenían, las muy *chanchis!*

Pero inmediatamente se dio cuenta de que Marlon sufría.

Marlon no estaba hablando en broma. Todo aquello era un auténtico suplicio para él.

—Quizá de niño te caíste a un pozo —musitó—. Y ese mal recuerdo te vuelve a veces en sueños.

—No. En todas las zonas donde yo he vivido desde mi niñez no hay precipicios con paredes de basalto. Y conste que las conozco palmo a palmo. El único lugar con esas características es aquel del que tú me sacaste, pero allí no había estado jamás.

Sierra se atizó otro trago de whisky.

—Bueno, muchacho, olvida eso...

—Me será difícil. Lo curioso es que... En fin, tengo la sensación de haber visto alguna vez una ventana como ésta.

—Pues es una ventana que no tiene nada de especial.

—En efecto, nada de especial excepto el corazón que alguien dibujó en un borde del cristal, con pintura negra.

Realmente, había un pequeño corazón dibujado a un lado del cristal. Pero no significaba nada. Algún cliente enamorado que dejó aquella especie de marca, como recuerdo de su soledad.

—¿Es que alguna vez habías visto una ventana como ésta?

—No lo sé.

—¡Cuerno, pues entonces quítatelo de la cabeza! ¡También son ganas de cargarse la cabeza de manías, cuando hay señoras tan sensacionales en las que pensar!

Marlon chascó dos dedos.

Efectivamente, era mejor quitarse aquello de la cabeza. De modo que dijo a Sierra:

—Voy a trasladarme de hotel. Tú quédate aquí y no hagas nada. Puede que esté un par de días sin verte, pero ya me pondré en contacto contigo.

—¿Irte al hotel México? ¿Para qué? Porque supongo que no puedes irte a otro...

—Tengo que averiguar algo. En todo caso repito que te estés quieto aquí y procures no emborracharte. Ya me pondré en contacto contigo.

Y el joven salió de la habitación.

El hotel México estaba a poca distancia. Marlon se dirigió a la mujer que ocupaba el mostrador de recepción.

Era una señora muy metida en carnes, muy metida en curvas y muy metida en siete u ocho cosas más.

—Buenos días, macho —dijo ella.

—Buenos días, hembra.

—Estupendo. Veo que tú y yo nos vamos a entender bien.

—Se hospedaban dos gringos en este local, ¿no? Los dos de unos treinta años y vestidos con ropas oscuras.

—Exacto. Pat y Evans.

—Voy a ocupar su habitación. Si tienen visita, me la pasas. Y pobre de ti como digas que están muertos.

—Hum... Ya he recibido la noticia. Los has «apiolado» tú, ¿no?

—No he tenido más remedio.

—De acuerdo, no diré una palabra si alguien viene a visitarlos. Su habitación era la tres. ¿Tú les sustituyes a todos los efectos?

—A todos. Como si fuera ellos.

—Pues me debían un día de hospedaje.

—Lo pagaré.

—También uno de ellos me dijo que me darla un pellizco.

Marlon alargó una mano.

Había allí dos docenas de sitios estupendamente situados para pellizcar.

Escogió uno de los más salientes.

Ella dijo:

—¡Ay!

—¿Algo más? —susurró Marlon.

—Sí. Yo le dije que, en cuanto me pellizcara, le atizaría una torta.

Marlon no llegó a tiempo de apartarse.

El sopapo casi le levanta del suelo.

Se llevó la mano a la cara, con la sensación de que le iba a doler una semana entera, y fue a la habitación tres.

¡Menos mal que sólo uno de ellos había dicho lo de pellizcarla! ¡Porque si llegan a ser los dos...!

CAPITULO VI

No ocurrió nada durante veinticuatro horas, que Marlon pasó en la habitación sin salir más que breves instantes. Transcurrido ese tiempo, llegaron las noticias que él esperaba.

Alguien llamó a la puerta de la habitación.

Marlon se puso a un lado de la hoja de madera, con el revólver preparado.

—Adelante.

Un tipo de mediana edad pasó al interior. Llevaba un saco y un pequeño maletín negro que parecía de médico.

Miró recelosamente a Marlon, pero no denotó demasiada sorpresa al verle tomar precauciones.

—¿Quién de los dos eres tú? —preguntó—. ¿Pat o Evans?

El joven parpadeó.

Por lo visto el recadero del coronel Santos no conocía personalmente a los hombres de los que tenía que recoger el mensaje.

—Soy Evans.

—¿Y dónde está tu amigo?

—Salió.

—No importa. Tengo bastante con el informe de uno de vosotros. ¿Ha ocurrido algo de interés en esta zona de río Grande?

—Parece que un gringo ha pasado con intención de causar molestias al coronel.

—¿Un gringo? ¿Cómo se llama?

—Marlon.

El visitante dejó el saco sobre la cama y tomó el maletín con las dos manos, disponiéndose a abrirlo.

—Se me olvidaba —susurró—. Lo primero que tengo que hacer es pagarte. ¿Puedes cobrar tú también lo de Pat?

—Claro que si…

—Pues toma.

Abrió de pronto el maletín.

Lo abrió ante los mismísimos ojos de Marlon, de tal modo que la cerradura casi rozó la garganta de éste.

Marlon lanzó un grito sordo.

Aquel grito se mezcló al silbido rabioso de la serpiente que estaba enroscada en el fondo del maletín, y que se lanzó hacia él con la velocidad de una flecha.

Sólo los prodigiosos reflejos de Marlon le salvaron la vida.

Sólo su capaz fulminante para reaccionar evitó que aquellos colmillos ponzoñosos se hundieran en su garganta.

Se lanzó hacia atrás mientras dibujaba en el aire una vuelta de campana invertida.

La serpiente voló materialmente tras él. Fue a caer sobre su cara.

Pero en este momento Marlon ya era otra vez dueño de su voluntad. Dio un seco golpe a la cabeza triangular procurando alcanzarla por un lado de la boca. La serpiente giró con rapidez fulminante, pero la mano de Marlon había sido más rápida.

El ofidio se estrelló contra la pared.

Fue a revolverse y a atacar de nuevo.

Marlon disparó desde el suelo, girando sobre un costado. La cabeza de la serpiente se abrió en dos.

El hombre del maletín había desenfundado también su «Colt».

Intentó disparar por encima de la cama.

La bala de Marlon llegó en diagonal, con una eficacia mortífera. El hombre giró un cuarto de vuelta y fue a estrellarse contra la pared.

Marlon sabía que ahora estaba descubierto. Saltó hacia la puerta con el dedo en el gatillo.

Y la muchacha casi cayó en sus brazos.

No era una muchacha corriente, no. Era una chica como para lanzarse por una ventana detrás de ella.

—¡Me persiguen! —gimió—. ¡Por favor! ¡Me persiguen…!

Y se apretó contra él.

Parecía un pajarillo asustado.

Diñase que estaba loca de terror.

Marlon vio a los dos hombres que aparecían en el recodo del pasillo. Los dos llevaban rifles.

Fue a disparar contra ellos sin encomendarse a nadie. Pero en ese momento se dio cuenta de que… ¡la muchacha le estaba sujetando el «Colt»!

¡Le impedía disparar!

¡Aquella petición de auxilio había sido una maldita trampa!

Marlon pudo desembarazarse de ella de un rodillazo. Y se pegó rabiosamente a la pared, mientras disparaba de costado.

Una de las balas de rifle ya había recorrido el pasillo. Hizo estallar una lámpara.

Marlon apretó el gatillo dos veces frenéticamente.

Uno de los dos tipos, que ya le estaba apuntando, salió hacia atrás. Tenía una ventana a su espalda y se estrelló contra ella.

Otro, el que acababa de hacer fuego, intentó girar el rifle mientras movía la palanca. Pero la bala de Marlon le alcanzó en la cintura y le hizo tambalearse.

Aún intentó levantar el rifle. Otro plomo hizo que patinara sobre la pared, dejando en ella una estela de sangre.

Instantáneamente, Marlon se volvió.

Quedaba aquella pequeña víbora.

Quedaba aquella mujer que estaba sacando de su manga un «Colt» de dos cañones.

Marlon disparó de nuevo.

Ella se encogió y lanzó un gemido. Soltó el arma mientras su muñeca se teñía de sangre.

El joven alzó un poco el «Colt».

—Tendría que haber disparado a matar —dijo—, Y quizá todavía me decida a hacerlo.

Ella no tenía miedo.

Era una maldita víbora, pero al mismo tiempo se notaba que no le faltaba temple. A pesar de la amenaza del «Colt», los ojos que clavó en Marlon eran desafiantes.

—¿Y por qué no lo haces? —susurró—. ¿Por qué no me matas de una condenada vez?

Marlon la sujetó por un brazo.

Tiró de ella y la estrelló contra la pared.

—¡Sólo por una cosa, puerca! ¡Porque te necesito viva!

Ella se volvió. A consecuencia del impacto contra la pared, sus labios se hablan partido. Por ellos resbalaba la sangre.

Pero seguía mirándole con desafío.

Era una mexicana dura y ardiente. Una de esas mujeres capaces de darlo todo en el amor y de darlo todo en la muerte.

Marlon la sujetó por los cabellos.

Los tenía largos, sedosos y negros.

La empujó brutalmente, haciéndola entrar en la habitación, y la derribó sobre la cama.

Ella se estremeció por primera vez. Fue al ver la cabeza partida de la serpiente.

—Al fin y al cabo es tu hermana —susurró Marlon—, No sé de qué te asustas.

—Más valdría… que dispararas de una vez.

—Antes puede que me interese saber algunas cosas. Por ejemplo, quiero saber tu nombre.

—Me llamo Clara.

—¿A qué has venido aquí?

—Soy la emisaria del coronel. Recojo informaciones en su nombre.

—¿Eres la emisaria solamente?

—Calla, maldito guarro.

—Es que me pareces muy bonita, para limitarte sólo a llevar y traer recados.

—¿Crees que todos los hombres son unos cerdos como tú?

—Me conoces muy bien, chata.

—El coronel nunca me ha puesto el ojo encima con las intenciones que tú supones.

—Está bien. Entonces dime: ¿quién te ha informado de que yo era un impostor? ¿Quizá esa mexicana de buenas curvas que está en la puerta del hotel?

—No, ella no. Pero todo el mundo sabía en la ciudad que tú eres un gringo asqueroso que mató a otros dos gringos asquerosos llamados Pat y Evans.

—Pues has ideado una buena serie de trucos para acabar conmigo. Sólo te faltaba disparar cañonazos. Y ahora vamos.

Ella le miró con desprecio.

—¿Ir? ¿Adónde?

—¿Y lo preguntas, nena? Por algo te he dejado viva, ¿no? Tú me conducirás adonde está el coronel Santos.

—¡Ni lo su…!

Iba a decir «ni lo sueñes».

Pero Marlon la sujetó por los cabellos otra vez y la estrelló contra la pared. La chica salió despedida.

No era muy caballeroso lo que estaba haciendo con ella, ni

Marlon tenía por costumbre comportarse así.

Pero con una fierecilla de aquella clase no se podían gastar remilgos.

La envió, rodando, escaleras abajo.

A ella debían dolerle todos los huesos, pero no se quejó. Siguió mirándole con desprecio.

La mexicana de la puerta ayudó en el «trabajo» dando un terrible puntapié a los riñones de Clara.

Esta lanzó un gemido. Cayó entre las patas de un caballo.

Marlon la hizo subir y él subió a otro de los animales que había junto a la puerta. Sin duda pertenecían a los tipos que habían venido allí para matarle.

Eran buenos caballos y además tenían una inapreciable ventaja:

Conocían el camino de vuelta…

CAPITULO VII

Clara se dio cuenta de que él no tenía inconveniente en dejarla detrás —aunque le mantenía las muñecas atadas con una soga— y que permitía que el caballo que él montaba siguiera el camino que le daba la real gana. Es decir, dejaba que el animal siguiera su querencia. Y como la querencia del animal era volver a su cuadra, no cabía duda de que acabarían dando con el refugio del coronel Santos.

Un par de veces ella intentó pasar delante y marcar el rumbo —un rumbo falso, naturalmente—, sabiendo que el caballo de Marlon le seguiría. Pero el joven no se lo permitió.

Durante un día entero avanzaron por caminos abruptos, sin decir una palabra. Al anochecer descansaron entre las ruinas de un viejo convento.

Había bastantes de ellos en la comarca. Y estaban casi todos en ruinas a causa de las guerras y las *razzias* de pillaje.

Marlon la desató, como había hecho también a la hora de la comida, y le permitió alejarse. Pero retuvo el caballo con él, de modo que la muchacha no podría «evaporarse» si no disponía de una montura.

El mismo preparó algo de cenar, después de encender una fogata entre las ruinas. Ella volvió poco después porque sabía que, realmente, iba a ser inútil tratar de huir si no disponía de un caballo. Se había lavado la cara y estaba, si cabe, mucho más bella que antes, pero seguía mirando a Marlon con la misma expresión despectiva.

—Si crees que los caballos te llevarán hasta el coronel —dijo— vas arreglado. Esos animales tienen la cuadra en otro sitio.

—Me alegra saberlo, pero de todos modos probaré.

—¿Qué te mueve a hacer todo esto? ¿Quién te paga para matar a Santos?

—No te hace ninguna falta saberlo.

—¿Quizá Susan Loman?

Marlon se mordió los labios. No era tonta aquella muchacha; al contrario, debía saber bien por dónde iba el asunto.

—No tengo idea de quién es Susan Loman —mintió.

—Pues te explicaré algo de ella: es una mujer que odia a muerte al coronel Santos.

—¿Por qué?

—Lo apoyó al principio y estuvo a punto de casarse con él. Luego Santos la despreció, y eso una mujer orgullosa como Susan Loman no podrá perdonarlo nunca.

—Pero parece que Santos se llevó también su dinero, ¿no?

—¿Ves como la conoces?

Marlon no contestó ni en un sentido ni en otro. Tomó suavemente el cuchillo para partir un pedazo de torta de maíz.

Bueno, eso pareció que iba a hacer.

De pronto su derecha salió disparada. Se movió con la rapidez de una catapulta.

El hombre que estaba un poco más allá de las llamas lanzó un gruñido. Y el rifle con el que se disponía a balearle saltó por los aires.

El cuchillo lanzado con mano maestra le había atravesado el corazón.

Pero Marlon no se estuvo quieto después de esto. Al contrario, dio un espectacular salto de costado y rodó por el suelo.

Fue eso lo que le salvó la vida.

Había calculado muy bien sus movimientos. Los hombres que estaban un poco más allá del muerto dispararon rabiosamente sus revólveres, pero al sitio que Marlon ocupaba antes. Ninguno de los dos fue capaz de seguir la rapidez frenética de sus gestos.

Marlon había sacado el «Colt» y lo sujetaba con las dos manos. Disparó materialmente a través de las llamas.

Los dos hombres parecieron iniciar una danza macabra. Uno de ellos cayó instantes después, y el otro inició un giro frenético mientras parecía querer rociar con plomo las paredes del viejo monasterio.

Clara saltó también. Se había dado cuenta de que aquélla podía ser una buena oportunidad para huir.

Aquellos tres hombres habían muerto, pero sin duda tenían los caballos muy cerca.

El movimiento de Marlon fue el de un puma. Hizo rodar a la muchacha y la inmovilizó contra el suelo.

Ella respiraba agitadamente.

Sus ojos llameaban de odio, pero no podía defenderse ante la fuerza del hombre. Lo único que trató de hacer fue escupirle a la cara.

Pero falló. Marlon ladeó la cabeza a tiempo.

Y eso que los labios de Clara estaban muy cerca.

Demasiado cerca.

Marlon bisbiseó:

—Esos tres tipos llevaban prendas militares como las que usan los hombres de Santos. Parece que tenían mucho interés en salvarte.

—Han debido encontrarnos por casualidad.

—Pues yo creo lo contrario. Yo tengo la sensación de que nos venían siguiendo y esperaban una oportunidad. ¿Pero por qué iban a arriesgar sus vidas? ¿Tanto vales tú, muñeca?

—Yo no valgo nada. Era a ti a quien querían matar. Yo no les importaba.

—Siempre te he visto rodeada de una verdadera guardia de *corps,* Clara. Cuando te conocí llevabas tres asesinos en torno tuyo. Ahora han aparecido tres asesinos más. ¿Qué significas tú? ¿Vas a convencerme de que eres una simple mensajera?

Y la apretó un poco contra el suelo, dominando los febriles movimientos de Clara para desasirse.

Sus labios casi se rozaban.

Percibía el calor de su aliento.

—Vas a morir si insistes en llevarme contigo —barbotó ella—. Es como llevar una carga de dinamita.

—¿Por qué?

Ella dijo con desprecio:

—Porque soy la propia hermana del coronel Santos.

CAPITULO VIII

Marlon no esperaba aquello. Quedó aturdido en el primer instante, como si le hubieran dicho algo increíble. Y, de pronto, ella intentó desasirse otra vez.

Tenía fuerza, la muy condenada.

Hizo palanca con su cuerpo.

Por poco envía a Marlon por encima de su cabeza. Pero él no era un novato y volvió a sujetarla. Lo único que consiguió Clara fue que su postura resultase más violenta... y también más tentadora para el hombre.

El tenía sus labios demasiado cerca.

Luchó con todas sus fuerzas para evitar aquella tentación. Quiso no mirar la boca maravillosa que tenía bajo su boca.

Pero hay tentaciones que son demasiado fuertes.

Que son como una maldición.

Los labios de Marlon se cerraron sobre aquellos otros labios frescos y turgentes.

Ella se dejó besar.

No tenía más remedio.

Pero luego barbotó:

—Canalla...

Estaba segura de que él haría algo más. De que ya no era dueño de sus instintos y de que querría saciarlos en su cuerpo.

Pero Marlon se apartó. Dejó que ella se pusiera en pie respirando anhelante.

—Lo siento —dijo—, pero no puedo descuidar tu vigilancia mientras entierro a esos muertos. Tendré que dejarlos ahí para que los devoren los buitres.

—Ellos no serán los únicos en atacarte, maldito perro. Llegarán a docenas para acabar contigo.

—Se ve que Santos quiere mucho a su hermanita...

—Es natural, ¿no?

—¿Qué edad tienes?

—Veinte años.

—¿Y él?

—Me lleva veinte años justos. Tiene cuarenta.

—De todos modos es joven para ser coronel. Le hacía mayor.

—Bueno… El grado de coronel se lo otorgó él mismo cuando se sublevó. No había pasado de teniente.

El sirvió con calma un pocillo de café y se lo tendió a la muchacha.

—No quiero hacerte ningún daño, Clara —dijo con voz tranquila —. En cuanto dé con tu hermano te dejaré libre. Pero no antes, porque encontrar a Santos es esencial para mí.

—¿Qué esperas de todo esto?

—Dinero.

—¿Qué eres? ¿Un pistolero profesional?

—Nunca he sido otra cosa. Me alquilo cuando hay plata a ganar. Lo mismo pacifico una ciudad que conduzco una manada por tierras peligrosas. Lo mismo busco oro que petróleo. Allí donde hay peligro y dinero, encontrarás al cochino de Marlon. Y en esta ocasión voy detrás de los doscientos cincuenta mil dólares, quizá más, que tiene escondidos el coronel Santos.

—Susan Loman te ha pedido que lo mates, ¿verdad?

—Sí, fue ella, por medio de un indeseable como yo llamado Sierra. Si matamos a Santos, casi todo el botín será nuestro.

Ella no bebió el café.

Lo arrojó al suelo con un gesto de rabia.

Marlon no se impresionó demasiado. La hizo volver de espaldas y le ató las muñecas para que no pudiera huir. Luego tendió una manta e hizo tenderse a la muchacha. Tendiéndola así, podía hacer con ella lo que quisiera, pero apenas la miró. Luego le puso otra manta encima.

—El relente de la madrugada suele ser fatal —dijo—. ¿Quieres un poco más de café? A lo mejor éste te da por no tirarlo.

—Te lo bebes tú solo. ¡Y ojalá te salga por las orejas!

Marlon no hizo caso.

Avivó un poco las brasas, para que duraran toda la noche, y se tendió él también a descansar después de haber tomado una sencilla precaución: partir unas cuantas nueces de las que llevaba en su bolsa de provisiones y esparcir los restos entre las sombras, trazando como un círculo alrededor de donde estaban ellos. Si alguien se acercaba, era imposible que las viese. Y al pisar una sola de ellas haría un ruido más que suficiente para despertar a Marlon.

Este se durmió tranquilamente, con el revólver al alcance de la derecha.

Pero no tardó ni una hora en presentarse de nuevo aquella pesadilla. Apenas había empezado a descansar un poco cuando otra vez tuvo la sensación angustiosa de que resbalaba junto a unas paredes para ir a parar a un lecho de arena.

Se despertó de repente.

Sentía frío en la espina dorsal,

Y vio entonces, a la leve claridad de la fogata, que los ojos de la muchacha estaban clavados en él.

Clara le miraba burlonamente.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿Es que de repente tienes miedo?

—¿Por qué dices eso?

—No sé... Estabas sudando de angustia. Y hasta me ha parecido que gemías un poco en sueños.

—Es una pesadilla que se repite a veces —musitó él—. No comprendo cómo no me he acostumbrado ya.

—¿Qué pesadilla?

—Que caigo por un precipicio de paredes negras, como si fueran rocas de basalto, y voy a hundirme en la arena que hay al fondo.

—Pues lástima que no te caigas de verdad y te mates, maldito seas...

—Tengo la sensación de que eso ha ocurrido. De que llegué a caer una vez.

—Tú deliras. No hay paredes de basalto en esta comarca.

—Es la primera vez que estoy en ella. No lo sé.

—Yo la conozco como la palma de mi mano —dijo Clara—. Y puedo asegurarte que desde río Grande hasta aquí no hay ningún sitio como el que tú dices.

—Tampoco lo hay más al Norte —musitó él pensativamente—. Conozco palmo a palmo todas las regiones en que he estado desde que nací. He visto docenas de precipicios, pero no tenían las paredes de basalto. Y si alguno tenía las paredes de basalto, en su fondo no había arena.

Clara seguía mirándole fijamente.

Pero ahora ya no había odio en sus ojos, sino más bien curiosidad.

—¿Sabes que eres un tipo muy extraño, Marlon? ¿Qué edad

tienes?

—Veinticuatro años.

—Un hombre, a esa edad, no suele tener malos sueños.

—Trato de dominarlo, pero no puedo. Tiene que ser algo que me sucedió y que ya he olvidado. Sólo viene a mi memoria durante las noches, cuando el espíritu está libre, pero es un recuerdo lleno de sombras, lleno de cosas sin sentido, como la estela que dejaría a su paso un fantasma.

—Pues si no te quitas esas ideas de la cabeza, acabarás majareta. No eres el primer caso que conozco.

—Me han ocurrido dos cosas sin sentido, en mi vida —dijo Marlon pensativamente, como si de pronto pensara que estaba hablando con una persona que le merecía toda confianza.

—¿Dos cosas? ¿Cuáles?

—La primera, este sueño. La segunda, mi boda.

Clara arqueó una ceja.

Sin duda no esperaba aquello.

Con voz que denotaba sorpresa, musitó:

—¿Tu boda? ¿Es que un buitre como tú está casado?

—No fue por voluntad mía.

—Pues no me dirás que te obligaron… Tendría gracia que a un pistolero profesional como tú lo hubieran enviado a la vicaría a la fuerza.

—Algo así ocurrió —dijo Marlon—. No me avergüenza decirlo. Hace dos años tuve un descuido; quizá el primer descuido desde que me dedico a vivir de mi gatillo. Atrapé una borrachera sensacional y cuando desperté tenía cuatro revólveres apuntándome a la cabeza.

—Hum… ¿Por qué?

—Eso es lo que no sé, y te juro que no lo he comprendido aún. Estaba ya sereno cuando, a punta de revólver, me llevaron ante el juez. Eso ocurría en San Antonio de Texas. Y el juez era auténtico, puedo garantizártelo, porque yo lo conocía. Es decir, la boda hubiera sido legal, caso de no haberme amenazado con los revólveres. Y al menos externamente lo es, de modo que en un aspecto puramente material yo estoy casado.

—¿Pero no vio el juez que te apuntaban con un revólver?

—Lo hicieron muy bien. Los dos testigos me encañonaban durante la ceremonia sin que nadie lo notase. Y yo me abstuve de

abrir el pico porque de lo contrario el juez, en vez de levantar el acta de mi casamiento, hubiera levantado el acta de mi defunción.

—Y la que se casó contigo, ¿quién era?

—Una desconocida. Sólo recuerdo el nombre. Se llamaba Mary Sullivan.

Clara rió sordamente, dando a su risa una entonación burlona.

—Pues sí que te metieron en buen negocio... ¿Y qué ganaba ella con esa ceremonia?

—No lo sé. Pero demostró en seguida que tenía el máximo interés en convertirse en mi viuda.

—¿Qué...?

—Sí, eso es: convertirse en mi viuda. Apenas habíamos salido del despacho del juez cuando me llevaron a las afueras de San Antonio y me convirtieron en un colador. Bueno, eso trataron de hacer al menos... Aunque yo iba desarmado, pude darme cuenta de lo que iba a ocurrir y me defendí. Me lancé de cabeza contra uno de aquellos hombres en el momento en que disparaba... Solamente me rozó, y pude arrebatarle el «Colt». Maté a todos los que me rodeaban... Sólo ella pudo huir.

—¿Mary Sullivan?

—Sí, ella. Tal vez pude haberla matado también, pero me avergonzó disparar contra la espalda de una mujer. Y fui incapaz de seguirla porque la bala que me había rozado, me estaba haciendo perder mucha sangre. Desde entonces no la he vuelto a ver... hasta hace poco. Intentó matarme de nuevo y estuvo a punto de conseguirlo de verdad. Hay momentos en que ni yo mismo creo que estoy vivo.

—Pues no entiendo qué podía buscar esa mujer. Lo que tú dices no tiene ningún sentido.

Marlon se encogió de hombros casi imperceptiblemente.

—Ya lo sé. No tiene ningún sentido. Y lo malo es que no he tenido ni un minuto delante a Mary Sullivan para poder preguntárselo. Como tampoco tiene sentido la pesadilla que me atormenta.

Clara lanzó una carcajada ronca, donde otra vez volvía a palpitar un contenido rencor.

—Pues acabarás completamente loco, amigo, si no lo estás ya. Y ahora... ¡vete al infierno!

Se tumbó de nuevo sobre la manta y cerró los ojos. Era evidente que no quería saber nada más de él.

Marlon comprobó la carga del revólver, se acomodó de nuevo y consiguió dormir también, al cabo de unos instantes. Y esta vez ya no tuvo más pesadillas.

CAPITULO IX

Los dos caballos seguían un rumbo muy bien determinado y cada vez iban más aprisa, lo que indicaba que estaban relativamente cerca de la cuadra. Pero lo curioso era que su curso resultaba más o menos paralelo al río Grande, No se adentraban profundamente en México, sino que se mantenían a poca distancia de la frontera.

Al entrar en el segundo día de marcha atravesaron unas colinas pedregosas sobre las que caía un sol implacable. Y avistaron la población de Hermosillo, que desapareció completamente en un incendio a principios de siglo, y que entonces consistía sólo en cuarenta o cincuenta casas de madera.

Pero en aquel reducido espacio se reunían más aventureros que en ciudades tan grandes como Dallas o Abilene. Todas las casas de Hermosillo eran casas de juego o de algo parecido al juego. Aventureras de todas las procedencias se habían afincado allí y obtenían más beneficios que en cualquier otro sitio de la zona de río Grande. Porque la gente con dinero, de un lado y otro de la frontera, acudía a gastárselo a Hermosillo, donde no existía ni un maldito alguacil y donde sólo los matones de los locales de diversión cuidaban de mantener el orden.

Mientras descendían por la colina, Marlon susurró:

—Nunca creí que los caballos nos trajeran a este sitio.

Clara le miró de soslayo, clavando en él otra vez aquellos ojos entre despectivos y burlones.

—Pues no hay nada tan natural —dijo—. Mi hermano suele actuar en esta zona. Tiene participación en los negocios y a cambio de eso garantiza el *orden.* Es decir, ningún empleadillo del Gobierno federal se atreve a venir a cobrar aquí los impuestos.

—Eso significa que te conocen en la ciudad, ¿no?

—Claro que me conocen. Y si quieres seguir vivo, más vale que me dejes libre, Marlon. Mi hermano tiene casi cincuenta hombres. Puedo asegurarte que, antes de la noche, la mitad de ellos estarán ahí dispuestos a arrancarte la piel a tiras.

Marlon lanzó una carcajada.

Se sentía extrañamente tranquilo.

—Pues eso es justo lo que deseaba, preciosa —dijo—. Entrar en contacto con tu hermano de una maldita vez. De modo que deliras si piensas que voy a soltarte.

Ella rió despectivamente.

—Ese es asunto tuyo. Yo no he hecho más que advertirte, porque en el fondo me das lástima.

—Nunca he dado lástima a una mujer.

—A mí, sí. No eres más que un perro sarnoso al que están atrayendo a la muerte con la promesa de que le dejarán chupar un dólar.

A Marlon no le afectaron demasiado aquellas palabras. Estaba acostumbrado a que la gente se le descolgara con frases cariñosas así.

Se encogió de hombros.

—Nos alojaremos en un hotel —indicó—, y yo te presentaré como mi mujer. Si no nos creen, tanto peor para ti. Descansaremos en la misma habitación, puesto que pronto va a ponerse el sol y sería peligroso seguir adelante. No te tocaré un pelo de la ropa, pero tú tampoco pedirás auxilio ni te pondrás en contacto con nadie. Si tu hermano viene a buscar camorra, me ahorrará mucho trabajo.

—¿Pero de veras crees que vas a poder enfrentarte a casi cincuenta hombres? ¿Estás loco?

—Loco estaba cuando acepté esta aventura. Pero si entonces pensé que el botín valía la pena, ahora no tengo más remedio que seguir.

Entraron en la pequeña ciudad, cuyas casas tenían llamativos rótulos en inglés y en español. Mujeres mexicanas y mujeres yanquis se movían provocativamente en los porches. Y se veían por allí a docenas de individuos de baja ralea, auténticos pistoleros de los dos lados de río Grande que venían allí a gastarse la plata, convencidos de que nadie les buscaría las cosquillas.

Marlon dejó los caballos en manos de uno de los empleados del hotel para que los llevara a la cuadra. Luego entró con la muchacha en el edificio.

Un yanqui, delgado como un hueso, les miró fijamente.

Era posible que conociese a Clara, pero en todo caso no hizo ningún comentario. Sólo preguntó:

—¿Una habitación?

—Sí. Y con vistas a la calle.

—¿A nombre de quién?

—Señor y señora Marlon.

El yanqui parpadeó, pero tampoco hizo ningún comentario. Se limitó a girar el libro registro, para que el joven firmase.

—Diez dólares por noche. Pago adelantado.

—¡Cuerno, sí que es caro!

—Esta es una ciudad muy divertida, señor, y por consiguiente cara. Ya sabemos que los pesos mexicanos y que los dólares yanquis valen aquí menos que en otros sitios. Pero si no le gusta esta ciudad, puede largarse.

—Me quedaré —dijo el joven, después de firmar—. Aquí tiene diez machacantes. Deme la llave.

Indicó a la muchacha que se dirigiese a las escaleras. Y en aquel momento oyeron los gritos que procedían del bar.

Las puertas se abrieron estrepitosamente.

Dos hombres aparecieron llevando a rastras a una mujer.

Resultaba imposible saber si aquellos tipos estaban borrachos o locos o ambas cosas a la vez. Pero lo parecía. El modo como se comportaban con la mujer, era sencillamente abyecto.

Mientras uno la arrastraba por los cabellos, el otro la pateaba salvajemente.

Parecían divertirse con aquello.

Lanzaban carcajadas brutales.

Marlon sintió, que, insensiblemente, los dedos se le iban hacia el revólver.

Pero la voz del dueño del hotel, a su espalda, musitó:

—No lo haga. Son peligrosos.

—¿Y cree que eso me importa? —preguntó Marlon, sin volver la cabeza.

—Debería importarle. Ella es una jugadora además de una cortesana, y quizá ha hecho trampas. Le darán una paliza y no pasará nada más. Olvídelo.

Marlon se mordió el labio inferior.

—A este paso —dijo—, ya estará muerta cuando lleguen a la puerta. De modo que ya hay bastante fiestecita por hoy.

Alzó un poco la derecha y aulló:

—¡Basta!

Todos se le quedaron mirando.

La escena estaba teniendo más de una docena de testigos, pero nadie había intervenido, excepto él. Los dos mal nacidos volvieron sus cabezas hacia el lugar donde acababa de sonar el grito.

Hicieron un gesto de sorpresa al ver que se trataba de un solo hombre.

Un forastero que quería hacerse el gallito y que aquella misma noche estaría cinco palmos bajo tierra.

Uno de ellos gritó:

—¡Vamos a darle, Fuchs!

Los dos movieron sus manos. Sacaron los revólveres con un doble gesto centelleante.

Pero la derecha de Marlon bajó vertiginosamente. El «Colt» brilló entre los dedos, mientras los otros hacían un gesto de sorpresa y de horror, dándose cuenta de que no serían lo bastante rápidos. Dos detonaciones atronaron el espacio.

Primero cayó el de la derecha, luego el de la izquierda. Uno se estrelló contra la puerta que acababa de romper. El otro vaciló, tropezó con una de las butacas y quedó como empotrado en el suelo, entre dos muebles, después de dar una grotesca voltereta.

La mujer se había levantado de un salto. Y desapareció inmediatamente sin dirigir una sola mirada al hombre que quizá le había salvado la vida.

La gente había contenido la respiración.

Incluso en aquel lugar de pistoleros rápidos, habían llamado la atención los fulminantes disparos de Marlon.

Nadie hablaba.

Solamente el dueño del hotel, al cabo de unos instantes que se hicieron interminables, musitó:

—¿No se lo decía yo?

—¿Qué me decía? —susurró Marlon, todavía sin volver la espalda.

—No importa.

El otro se encogió de hombros.

—En fin, no es asunto mío. Peor para usted.

Marlon pasó por encima de los muertos para dirigirse a la escalera. Pero, de pronto, Clara musitó:

—Perdona, pero… necesito beber algo.

—¿Tú?

Marlon la miraba con sorpresa.

Era evidente que Clara estaba impresionada. Y eso resultaba extraño en una mujer que se las debía saber todas, como la hermana del coronel Santos.

—No me digas que te asustan los disparos —susurró, mientras la tomaba por un brazo y la introducía en el bar.

—No... Nada de eso. He oído disparos desde que tengo uso de razón. Toda mi vida vengo oyéndolos.

—Pues cada vez lo entiendo menos.

Tomaron asiento ante una mesa y Marlon pidió por señas que les trajeran una botella pequeña de whisky. La gente, después de la sorpresa inicial, ya había vuelto a sus ocupaciones habituales, ocupaciones que consistían en perseguir a las chicas, emborracharse o desplumar al prójimo con los naipes. Y como ellos dos estaban sentados en un sitio discreto, pronto dejaron de llamar casi totalmente la atención.

Clara, con la mirada perdida, susurró:

—Es que he tenido la sensación de que... Bueno, de que no eras tú quien hacía eso.

—¿Que no era yo? Pues supongo que lo has visto bien. Por desgracia no lo ha hecho otro.

—He tenido la sensación de que... obedecías a un impulso que venía de lejos.

—¿Quieres decir que obedecía a un recuerdo?

—Sí, ésa fue la sensación que tuve. No sé cómo explicarla, pero fue así.

Marlon entrecerró los ojos, mirando al vacío.

Y entonces Clara se dio cuenta de que ella, sorprendentemente, habla adivinado la verdad.

—¿Cuándo viste tú una cosa parecida? —musitó—. ¿A qué mujer arrastraron ante tus ojos?

Marlon dijo, con un soplo de voz:

—Era a mi madre.

Ella se estremeció. El suyo fue un estremecimiento profundo, visceral, que recorrió todo su cuerpo.

—Parece como si lo hubieras recordado de repente, Marlon.

—No. Es una de esas visiones que no se borran jamás, pero no

hablo de ella con nadie.

—¿Qué le sucedió a tu madre?

—Yo debía tener unos cinco años. La… la ultrajaron.

—¿Quién?

El había apretado con las manos el borde de la mesa. Lo hacía con una fuerza febril, sin darse cuenta. Sus nudillos blanqueaban.

Su mirada seguía estando perdida, como hundida en aquel pasado remoto del que le costaba regresar.

—No lo sé… —musitó—. Sólo recuerdo la risa de uno de aquellos hombres. Cada vez que reía se ahogaba. Era como si sufriese asma.

—¿Pero no recuerdas nada más?

—Nada más. Y aún eso me parece haberlo visto en un sueño. Cada vez que lo he recordado he visto el río Grande… y un barco.

—¿Un barco en el río?

—Había pequeños vapores de ruedas que lo recorrían en parte, como en el viejo Mississippi. Aunque sólo en los lugares donde no había bajíos.

—¿Tu madre vivía allí?

—Por supuesto. Yo nací en las cercanías del río Grande, en el lado yanqui, pero hablo español como un mexicano. Mi madre lo mismo trabajaba en un sitio que en otro. Era una pobre viuda, todavía muy hermosa, que aprovechaba las temporadas buenas de cada sitio. Por lo general, llevaba la contabilidad de las mercancías que pasaban de un país a otro. Lo mismo la empelaban los mexicanos que los yanquis. Era una mujer lista y de mucha confianza.

Marlon bebió de un trago su vaso de whisky. Su mirada seguía estando perdida.

—Alguien la ultrajó —dijo con voz ronca—. No sé si mi madre murió entonces o no. Lo cierto es que yo… yo no pude defenderla.

—¿Y contigo qué hicieron?

—No lo sé.

—¿Cómo? ¿No lo recuerdas?

—Parece como si, a partir de aquel momento, mi vida hubiera sido distinta. Como si existiese, un vacío que aún no he podido llenar.

—Quizá aquellos hijos de perra te arrojaron entonces al barranco en que a veces sueñas.

—¿Un barranco en esa zona del río? No, no hay ninguno.

Clara hundió la cabeza, mientras también cerraba un momento los ojos.

Y entonces hizo algo de lo que no se dio ni cuenta. Caso de pensarlo, no lo hubiera hecho. Pero lo cierto fue que sus dedos rozaron levemente los dedos de Marlon.

Este tampoco lo notó.

Estaba hundido en sus malditos recuerdos, en aquellas sombras que le ahogaban desde el fondo del pasado.

—Marlon —dijo ella quedamente, mientras retiraba los dedos—, podríamos hacer un trato.

—¿Qué clase de trato?

—No quiero que mi hermano te mate.

—De pronto te has vuelto muy caritativa, muñeca. ¿Qué te importo?

—No lo sé. Eso es lo terrible: que de repente me parece como si ya no fuera la misma.

—Pues olvídalo.

—No puedo, Marlon. Y te ruego que me contestes con claridad: ¿cuánto pensabas ganar en esto?

—Una fortuna. Ciento veinticinco mil o más.

—No tengo tanto, pero puedo darte veinte mil dólares. Abandona esta aventura y vete. Vuelve a Estados Unidos.

Marlon volvió la cabeza, mirándola con sorpresa. Le pareció, de repente, que la vela por primera vez. Que nunca habla visto hasta entonces aquellos ojos transparentes, limpios. Que aquella boca que ya besó una vez era completamente distinta de esta boca que ahora temblaba muy cerca de sus labios.

—Tiene gracia —dijo—. Nunca una mujer había tratado de comprarme tan caro.

—Tú eres un aventurero profesional y yo te hago una oferta. Creo que vale la pena aceptarla.

—Olvidas una cosa, muñeca. Tu hermano es un sucio asesino que merece la muerte.

—Otros la merecen tanto como él.

—Quizá no. El roba a los campesinos y mata a los que se resisten. Incendia casas habitadas. Ultraja a mujeres indefensas. Y encima está a sueldo de cuatro caciques ricos para imponer la ley de

éstos, cuando conviene. Hasta a veces les sirve de algo asi como recaudador de impuestos. He oído tantas cosas del coronel Santos que ya tengo ganas de saber qué cara pone cuando entre con espuelas y todo en el reino de los muertos. Es lo que merece.

Ella guardaba un penoso silencio. Marlon bebió otro vaso de whisky mientras añadía:

—Y tú eres su cómplice. ¿Para qué engañarnos ahora? Yo soy un maldito y tú eres una maldita. Quizá por eso acabaremos compenetrándonos bien. De todos los crímenes de tu hermano tú eres responsable en parte.

—No tienes derecho a decir eso.

Marlon se sorprendió, sobre todo por el tono angustiado de la chica.

Y hasta trató de reír quitando importancia a la frase. Dejó de mirar a Clara.

—No soy yo quien lo dice —musitó—. Lo dicen los jueces a uno y otro lado del río Grande, puesto que tu hermanito honra con su estimable presencia a los dos países. Pero puesto que los jueces no se atreven a hacer nada, un aventurero granuja como yo se encargará de poner las cosas en su sitio. Por cierto, ¿no bebes?

Ella negó con la cabeza.

—Aunque te parezca mentira, sólo he visto a mi hermano una vez —musitó ella inesperadamente.

—¿Qué dices?

—Puedes creerme. Yo no he seguido nunca a sus tropas.

—¿Pues dónde vivías?

—Más al Sur. Nunca tuve contactos con mi hermano hasta hace poco, en que le pedí que se reintegrara a la disciplina del ejército. Tengo la sensación de que en la capital federal hubieran acabado perdonándole: Pero me dijo que, antes de hablar de eso, tenía que realizar una misión muy delicada para él.

—¿Transportar dinero?

—¿Cómo lo has adivinado?

—Era lo más natural, ¿no?

Ella asintió.

—Tenía que depositar veinte mil dólares en el Banco de la población donde tú y yo nos conocimos —dijo—. Yo lo hice y tengo el resguardo. Por eso te he dicho que podía darte todo ese dinero si

desistías de tu loca aventura.

—¿Y qué más te pidió? ¿Que te pusieras en contacto con los hombres que espiaban para él?

—Sí, efectivamente. Pero me dijeron en seguida que aquellos dos hombres habían muerto a manos de un tipo llamado Marlon. Unos pistoleros que mi hermano tenía en la zona se pusieron en contacto conmigo y me ofrecieron tenderte una emboscada que no fallaría. Yo no me negué. Matarte era normal en un caso así.

—No digo lo contrario. Y si la broma llega a saliros bien, tampoco lo hubiera lamentado nadie.

Ella se mordió el labio inferior.

Estaba muy nerviosa.

No parecía la misma. Ahora era simplemente una muchacha que vive su angustia, que vive un dolor íntimo del que nadie le ayuda a librarse.

—Esas son todas las relaciones que he tenido con mi hermano —susurró—. Por lo tanto no sé exactamente si todo lo que cuentan de él es cierto. La gente puede mentir porque le envidia y le odia.

—No lo creo, Clara. Y más vale que te desengañes y te metas esta idea en la cabeza. Tu hermano es un perfecto canalla. Y como yo también lo soy, no estará nada mal que los dos desaparezcamos del mundo de los vivos.

Dejó sobre la mesa el importe de la botella de whisky, que estaba escrito en la etiqueta, y tomó a la muchacha por el brazo.

Era la primera vez que lo hacía con aquella naturalidad e incluso con aquella finura, como si ella no fuese su prisionera.

Clara se estremeció.

Fue al sentir el contacto de su mano.

Aquella mano que, de pronto, le parecía tan distinta.

—Debes descansar —dijo—. Mañana nos iremos temprano de aquí si tu hermano no ha aparecido antes.

—No te darás cuenta de que aparece: la primera noticia que tendrás de su presencia será una bala.

Marlon no hizo ningún comentario. Subieron a la habitación como si fuesen realmente el señor y la señora Marlon.

Pero ya que la pieza disponía de dormitorio y de sala, la chica ocupó la cama y Marlon el diván de la sala contigua, corriendo las cortinas entre ambos lugares.

Fue un condenado sacrificio para Marlon.

La verdad es que le hubiera gustado que la chica estuviese incluida en el precio de la aventura, pero por algo le había prometido que no le tocaría un pelo de la ropa.

Aquella noche no soñó que se caía a un barranco de paredes negras. Aquella noche soñó otras cosas muy distintas.

Lo malo es que uno no pueda entretenerse explicando en qué consistían.

CAPITULO X

A la mañana siguiente, Marlon se levantó muy temprano y se aseó en una pieza contigua donde había una bañera. Todo estaba en calma y no se apreciaba por ninguna parte que hubieran de llegar los hombres del coronel Santos.

Pero aquella calma era ficticia.

Había terminado Marlon de asearse y estaba disponiéndose a guardar en el estuche la navaja de afeitar cuando la puerta, a su espalda, se abrió tan lentamente, con toda suavidad, que él no oyó el menor ruido.

Un «Colt» apareció por el hueco.

Dos ojos duros y crueles miraron desde allí la espalda de Marlon.

Este no había notado nada. Con la izquierda dio un pequeño golpe al espejo que se había ladeado.

Y entonces un borde de aquel espejo reflejó la puerta que acababa de abrirse. Reflejó la pequeña rendija por la que se colaba el cañón del revólver.

Marlon tenía el «Colt» junto a la repisa, pero no le iba a quedar tiempo para empuñarlo. Lo entendió instantáneamente, mientras se inclinaba. Su movimiento fue febril.

La bala del revólver ladró desde la puerta. El espejo saltó hecho mil pedazos.

Allí había estado un segundo antes la cabeza de Marlon.

Ahora ya no hacía falta disimular. El hombre que acababa de apretar el gatillo abrió completamente la puerta de un puntapié.

Hizo fuego otras dos veces, barriendo la habitación con plomo.

Pero no contaba con la fantástica habilidad de Marlon, que había saltado ya al otro lado de la pieza mientras lanzaba la única arma de que disponía... ¡su navaja barbera!

Esta brilló en el aire como un relámpago de luz.

El lanzamiento fue magistral, fulminante.

La hoja de acero se hundió hasta la mitad en el cuello del hombre que estaba en la puerta.

Ahora se pudo Marlon fijar un poco en él, aunque todo fue como un relampagueo. Vestía ropas medio militares, al estilo de todos los granujas del coronel Santos. Hizo un gesto de horror y se llevó las

manos a la garganta para tratar de arrancarse aquella maldita hoja de acero que le había seccionado la yugular.

Ese fue su fallo.

Ese fue el momento que aprovechó Marlon para empuñar de nuevo el revólver.

Dos balas segaron la cintura de su enemigo, que cayó doblado al suelo. Pero en aquel momento la imprudencia la cometió Marlon.

Fue a salir de allí.

Pensaba que en aquel sitio como en una encerrona.

Y apenas había puesto los pies en el pasillo cuando una escopeta de dos cañones casi se apoyó en su cara. Una voz con claro acento del sur masculló:

—¡Perro...!

Marlon ya no tenía tiempo de saltar. Vio el movimiento del dedo de su verdugo al ir a cerrarse sobre los gatillos.

Y en ese momento una detonación estruendosa llenó aquella parte del corredor.

El hombre del rifle pareció ser elevado por los aires. Su arma se estrelló contra la pared.

Marlon apenas tuvo tiempo de balbucir:

—¡Sierra!

En efecto, era Sierra el que había aparecido en el borde de las escaleras. Llevaba un «Winchester 73» con el que acababa de hacer fuego.

Marlon barbotó:

—No podías haber aparecido en mejor momento, condenado carcamal. Me has salvado la vida. Si no llega a ser por ti, ahora estarla clavado en la pared como un adorno

Sierra se secó con el dorso de la mano unas gotitas de sudor.

—¡Uf! ¿Y el trabajo que me ha costado seguirte? Me dejaste abandonado como si yo no pintara nada.

—No tenías ninguna necesidad de correr peligros, Sierra. El asunto podía haberlo resuelto yo solo. Bueno, eso pensaba...

—Y pensabas mal; ya lo has visto. Hace falta que uno cubra al otro o no llegaremos al final de esta maldita aventura.

—Te doy las gracias, Sierra. No olvidaré que me has salvado la vida.

El mexicano dirigió una mirada crítica a los dos hombres caídos,

uno en el pasillo y el otro junto a la puerta.

—Son soldados del coronel Santos —dijo—. Eso indica que merodea por aquí y sabe a lo que has venido.

—Tenía que suceder —musitó Marlon—. Y celebro saber que de una vez lo tengo cerca.

Las puertas de algunas habitaciones se habían entreabierto. Por las rendijas aparecieron algunos rostros asustados o simplemente inquietos, entre ellos el de Clara.

Marlon miró a la muchacha.

—Tenías razón —dijo—. Tu hermanito está dispuesto a darme la bienvenida.

—Aún estás a tiempo de... de abandonar esto.

—Ya no estoy a tiempo de nada, muñeca, excepto de matar o morir. Y ahora vístete.

—¿Vamos a irnos?

—He cambiado de intención —susurró Marlon—, Pienso que es mejor quedarse aquí.

—¿Por qué?

—Puestos a encontrarme con los hombres de tu hermano, prefiero hacerlo en una ciudad que en campo abierto.

Ella se mordió el labio inferior.

Fue imposible saber lo que pensaba. Cerró de golpe la puerta.

Sierra musitó:

—¿Ha tratado de escapar?

—No. Hasta ahora se ha portado bien.

—¿Cuál es tu plan?

—Esperar aquí la acometida de los hombres de Santos.

—Preguntando por aquí y por allá mientras te seguía, sé que has tenido algún mal encuentro —dijo Sierra —, Hasta ahora has salido con la piel entera. Pero nuestra única posibilidad, hay que reconocerlo, estaba en tender una emboscada a los hombres de Santos y aquí no podremos hacerlo.

—Mejor es esto que el campo abierto. En un lugar despejado no duraríamos ni cinco minutos.

Los dos hombres descendieron a la planta baja, donde nadie parecía haberse alterado en exceso por los disparos. Y se situaron en el bar del hotel, desde el que se dominaba perfectamente una gran extensión de la calle principal.

Era el mejor observatorio de que podían disponer en Hermosillo. Si los hombres de Santos irrumpían en la ciudad, los verían antes de que fuese demasiado tarde.

Desayunaron y comieron allí, sin dejar de vigilar la calle. Si uno de ellos se ausentaba, permanecía en el puesto el Otro. Y las horas transcurrieron sin que sucediese nada de especial en aquella especie de capital del vicio.

Clara permaneció en su habitación.

Pidió que la comida se la sirvieran allí. Ni por un momento se unió a los dos hombres.

Marlon sabía que ella no podría fugarse porque las ventanas del primer piso del hotel tenían rejas, al estilo de las viejas mansiones mexicanas, y la única salida, la que daba a la puerta principal del hotel, pasaba casi por delante de los ojos de los dos hombres.

Así llegó el anochecer.

Los hombres del coronel Santos no habían intentado nada, lo cual indicaba una sola cosa: estaban preparando bien su golpe. Cuando lo asestasen, lo harían con todas las garantías de triunfo.

Informes no iban a faltarle al coronel. Algunos de los hombres que entraban y salían del hotel debían ser espías suyos.

Marlon se puso un cigarro entre los labios.

—Creo que hemos estado cometiendo un error, amigo.

—¿Qué error?

—Pensábamos que Santos atacaría de una manera abierta y que nos convendría estar uno junto al otro. Pero por lo visto prepara un golpe de astucia, y creo que nos interesa más separarnos para vigilar dos puntos a la vez, en lugar de uno solo.

Sierra asintió.

—En eso tienes razón. Mientras vigilamos esta calle de la ciudad, podrían atacar por otro lado.

Marlon se puso en pie.

—Hay aquí unas cuantas casas de juego y unas cuantas casas de… de otra clase de diversiones. Voy a dar una vuelta por ellas. Quizá la gentuza de Santos se ha infiltrado para tenernos rodeados sin que nos demos cuenta.

Salió a la calle.

Una noche limpia y pura estaba cayendo sobre la ciudad.

Sobre aquella ciudad que de limpia y de pura no tenía nada.

Marlon atravesó la calle.

Una larga hilera de quinqués de colores alumbraban el rótulo de la casa situada enfrente. Era un rótulo en inglés en el que se repetía obsesivamente una sola palabra: «Gambling-Gambling-Gambling». Se trataba de una casa de juego, pero a juzgar por el aspecto de algunas de las chicas que entraban tenía que tratarse de una casa para juegos de todas clases.

Sin remilgos, vaya.

Marlon entró también.

Los dos matones que cuidaban del orden le miraron con curiosidad, porque sin duda le conocían ya, pero no hicieron nada para detenerle. Marlon pasó a una gran sala donde había casi dos docenas de mesas de juego, completamente abarrotadas de público.

Muchos de los jugadores eran mexicanos e incluso algunos, por su aspecto, parecían llegados de países de América Central. Pero al menos, la mitad eran yanquis de más arriba de río Grande. Se apostaba fuerte y nadie se fijaba en nadie.

Muchas mujeres pululaban por allí.

Eran cortesanas de postín, cortesanas que cobraban una pequeña fortuna por sus favores de una noche.

Marlon trató de averiguar si había por allí hombres de Santos.

Pero nadie llevaba uniforme ni nada que lo pareciese. Por otra parte, la gente no se fijaba en Marlon, a excepción de algunas chicas, porque él era más alto, más fuerte y más joven que cualquier otro de los que se movían por allí. Pero maldito si eso le hacía la menor gracia a Marlon. Lo que quería era no llamar la atención a nadie.

Iba a retirarse ya cuando alguien le rozó la espalda.

Marlon se volvió.

Vio los ojos profundos y negros. Vio la boca roja.

Vio las curvas poderosas marcarse con fuerza más abajo de los hombros.

Ella musitó:

—Tengo la sensación de que quieres recibir noticias del coronel Santos.

Marlon la miró con más atención.

Era una cortesana, de eso no cabía duda. Quizá algo más exagerada que las otras en cuanto a la longitud del trozo que llevaba

abierto en la falda. Pero tentadora y con una mirada que quería ser de ingenua.

—¿Y tú qué sabes quién es el coronel Santos? —musitó él.

—Sé que es el hombre que domina esta zona. Y que sus hombres son todos falsos militares que hacen un trabajo de bandidos.

—Parece que no le tienes mucha simpatía…

—Pché. Yo vivo de los hombres, y por tanto todos los hombres me son indiferentes.

—¿Por qué, entonces, me quieres dar información?

—No soy yo. Hay una mujer que te está esperando en el reservado número tres.

Marlon sabía que aquello podía ser una trampa. Que en el reservado número tres quizá le esperaba Santos con un barril de dinamita.

Pero necesitaba arriesgarse. El había aceptado aquella aventura con todas sus consecuencias, de modo que preguntó:

—¿Por dónde puedo ir?

—Sube la escalera alfombrada de azul. Todos están en una especie de altillo.

Marlon obedeció las indicaciones. Empujó la puerta llevando la derecha cerrada sobre la culata del revólver.

Y de pronto estuvo a punto de lanzar un grito.

Porque otra vez estaba allí aquella mujer… ¡Aquella mujer a la que él no había visto desde que le envió a la muerte!

CAPITULO XI

Su esposa se conservaba muy bien. Era una mujer estupenda, una de esas chicas que hacen volver la cabeza hasta a un ciego. Lo malo era los dos hombres que la acompañaban, los dos apuntando con sus revólveres hacia la puerta. Y lo malo era que ella también tenía un «Colt» al alcance de su mano.

Pero no fue eso lo que impresionó a Marlon. El ya sospechaba que iban a hacerle un recibimiento así. Y calculó que aún podría disparar, enviando a aquellos dos pájaros al infierno, antes de que le matasen a él.

Lo que de verdad le impresionaba era la presencia de la mujer.

Aquella mujer que, le gustase o no, aún era legalmente su esposa.

Ella distendió los labios en una suave sonrisa cuando Marlon, sin el menor temor, cerró la puerta a su espalda.

—No esperaba volver a verte —susurró él—, y supongo que tú tampoco.

—No, la verdad es que no —dijo ella—. Nunca hubiera imaginado que llegaras a salir vivo de aquel pozo de la muerte.

—Por mis propios medios nunca hubiera salido —dijo Marlon—, pero alguien me ayudó. Y voy a decirte una cosa que quizá te extrañe: me alegro de encontrarte ahora.

Los ojos de la hermosa mujer se alteraron. Creyó que él estaba bromeando.

—¿Qué tonterías estás diciendo, Marlon? ¿No sabes que desde que nos casamos no he hecho otra cosa que intentar matarte?

—Eso es lo que hace que me alegre de haberte encontrado —dijo calmosamente Marlon—, porque así tengo la oportunidad de hacerte una pregunta que no te he hecho nunca: ¿Por qué quieres matarme?

Ella rió burlonamente,

—Debe ser por una sencillísima razón: porque tengo ganas de quedarme viuda,

—Para eso era mejor quedarte soltera, ¿no?

—No, por supuesto que no era lo mismo.

—¿Sabes que no he entendido nunca ese asunto, por más vueltas que le he dado? No me conocías cuando te casaste conmigo,

haciendo que me amenazaran a punta de revólver. No tiene sentido, no lo tiene de ninguna manera. Sabía que tú y tus hombres me perseguíais y por eso quería pasar a México sin plantear batalla, puesto que no deseaba matarte. Pero mil veces me he hecho la misma pregunta durante las noches y te la hago ahora: ¿Por qué?

Ella no se alteró. La expresión de sus ojos volvió a ser tan burlona y cínica como antes.

—Muy sencillo, en cinco minutos, según mis planes, pasaba de ser tu esposa a ser tu viuda.

—Una bonita broma en la que yo salía perdiendo, de todas, todas. Pero no le veo la gracia. ¿Qué ganabas tú?

—Más sencillo todavía, amor. Tu viuda era tu heredera.

Ahora sí que Marlon sintió deseos de reír.

Por poco sufre un ataque de hipo.

—Mira, nena: O tú estás loca, o bromeas, o lo que necesitas es un chupete. ¿Heredera de quién? ¿De Marlon? ¡Pero si Marlon está pelado! ¡Si Marlon no tiene más capital que su revólver…!

Ella le miró, fijamente.

Y al pistolero le sorprendió la fijeza glacial de aquella mirada. Se dio cuenta de que había algo detrás. ¿Pero qué? ¿Qué infiernos creía ella? ¿Quién la había engañado?

—Nena —susurró—, no irás a creer que yo tengo dinero…

—Basta de mandangas, Marlon.

—Bueno, si te refieres a tres o cuatro mil dólares, rascando mucho, tal vez los tenga…

—Ciento cincuenta mil.

—¿Quéeee…?

—Ciento cincuenta mil en oro, Marlon. Los has tenido siempre. Los has tenido desde que eras un niño.

Marlon sintió que la cabeza le daba vueltas.

Tuvo la sensación de que le estaban hablando de otra persona que nada tenía que ver con él mismo.

—¿En… en qué te fundas? —musitó—. ¿O quizá lo has soñado?

—Me fundo en las declaraciones de Campbell antes de que lo mataran.

Marlon entrecerró los ojos.

—Campbell…

—No hay duda de que lo has oído nombrar.

—Sí, Campbell... Claro que lo recuerdo. Era uno de los más famosos pistoleros de la frontera. Asaltaba Bancos. Lo balearon cuando yo tenía unos cinco años. Entonces no me enteraba de esas cosas, claro, pero lo supe bastante más tarde.

—Mi padre era uno de los cazadores de cabezas que perseguían a Campbell —dijo la muchacha—. Le habían prometido la cuarta parte del oro si lograba dar con él. Persiguió a ese bandido y pudo dar con su rastro a orillas del río Grande, cuando acababa de pasar de Estados Unidos a México. Lo acorraló junto a los restos de un pequeño barcucho de los que antes hacían la ruta del rio excepto en las épocas de estiaje. Un barcucho del que ya apenas quedaba nada.

Marlon cerró un momento los ojos.

¿Por qué aquellos malditos recuerdos volvían a él? ¿Por qué su pesadilla de tantos años? ¿Por qué volvía a ver a su madre arrastrada por unos perros rabiosos, uno de los cuales reía salvajemente y de vez en cuando se ahogaba como si tuviera asma?

¿Y por qué le parecía ver otra vez los restos del barcucho, y la quilla ya medio destrozada, acabando de pudrirse al sol?

Ella bisbiseó:

—¿Qué te pasa, maldito? ¿Es que de una vez vas a decirme dónde están esos ciento cincuenta mil? ¿Dónde está lo que robó Campbell?

—¿Tu padre no pudo averiguarlo?

—Campbell sólo le dijo que se lo había llevado un niño llamado Marlon. Un niño cuya madre había sido ultrajada por unos cerdos, y a la que seguramente mataron poco después.

El joven tragó saliva.

Fue como tragar hiel.

Fue como beberse la desesperación que palpitaba en el fondo de sus lejanos recuerdos.

Y lo terrible era... ¡era que todo aquello concordaba!

¿Pero cómo podían acusarle a él, un niño de cinco años, de haberse llevado ciento cincuenta mil dólares en oro? ¡Si ni siquiera hubiera podido arrastrar el maletín que los contenía!

—Campbell os engañó como a chinos —dijo.

—Un hombre que va a morir no engaña.

—¿Qué quieres decir?

—Mi padre le amenazó con matarle si no decía la verdad. Y al

final tuvo que matarle como a un perro rabioso: tuvo que coserle a balazos. Pero hasta el último minuto él dijo que el dinero se lo había llevado un niño llamado Marlon.

—Es… es absurdo…

Ella no hizo ningún comentario a la afirmación del joven. Solamente musitó:

—Yo no era entonces más que una niña. Esas cosas las supe luego, cuando ya mi padre había muerto. Por lo visto te había perseguido luego a ti, pero sin resultado. Y me dejó una carta para cuando yo fuera mayor: me indicó que podía ganarme una bonita fortuna si lograba dar algún día con la pista de un joven llamado Marlon.

—Eso era difícil —susurró él—. Me habla tenido que perder en los lugares más inhóspitos del Oeste.

—Lo sé, y yo casi había olvidado aquella carta de mi padre cuando la casualidad te puso en mi camino. Inmediatamente averigüé que tenías depósitos a tu nombre en dos Bancos, y no me cupo la menor duda de que uno de ellos contenía los ciento cincuenta mil dólares.

—Pues te equivocaste, chata. Yo nunca he visto esa cantidad junta, y además, caso de haberla tenido, podía habérmela gastado ya.

—Supe que no gastabas gran cosa; que eras un hombre de costumbres más bien moderadas. *Y* para adueñarme de esa fortuna ideé un procedimiento muy sencillo: casarme contigo y balearte seguidamente. De ese modo tu viuda tenía perfecto derecho legal y retirar los dos depósitos bancarios.

—Nadie lo niega, pero debiste llevarte una bonita sorpresa.

—En efecto, no había más que un puñado miserable de dólares. Entonces supe que mi padre se había equivocado y no pensé más que en una cosa: en recuperar mi libertad. No había logrado matarte la primera vez y de hecho era una señora casada. Por eso te perseguí implacablemente para acabar de una vez.

—Y yo no quena enfrentarme contigo ni hacerte ningún daño —susurró Marion—. Por eso huí. Es curioso que huyera de una mujer cuando jamás había huido de un hombre. Pero ya había decidido no volver a pensar en aquel asunto… cuando me sorprendisteis en mi habitación y me arrojasteis por aquel abismo.

Los ojos de la mujer brillaron.

—Vamos a terminar, Marlon. Sé que la noticia del dinero es falsa, pero al menos quiero recuperar mi libertad de una vez.

—¿Y por eso me has traído hasta aquí? ¿Para matarme?

—¿Lo dudas? —preguntó ella, cínicamente.

—No lo dudo, pero podría buscarme otra solución... digamos más elegante.

—¿Qué solución?

—Nunca ha sido válido un matrimonio en el que uno de los contrayentes va amenazado por un revólver. Por lo tanto no tenemos más que declararlo y lo disolverán.

—Eso podías habérmelo ofrecido antes, Marlon.

—Nunca me diste ocasión.

—Lo malo es que ahora estamos en México, no en Estados Unidos (1) —dijo ella, pensativamente—. Los jueces de este país no tienen competencia en un asunto así.

(1) Como el lector sabe, México también son unos Estados Unidos, al igual, por ejemplo, que Brasil o Venezuela. Pero al hablar de Estados Unidos, los habitantes de esos países siempre se refieren al poderoso vecino del Norte (N. del A.)

Y apretando los labios volvió a su anterior decisión. Dijo con voz espesa:

—Lo siento, Marlon... ¡Revienta de una vez!

Quizá no contaba con que Marlon podía defenderse y estaba dispuesto a hacerlo. La derecha ya se estaba moviendo hacia su «Colt».

Claro que el joven se encontraba en una situación desesperada.

Pero lograría llevarse por delante a aquellos tipos y quizá también a la mujer, si no tenía otro remedio. La trampa no había estado demasiado bien montada.

Hasta que, en un instante, en una breve fracción de segundo, tuvo aquella sensación de frío en la espalda.»

¡La puerta, a su espalda, se estaba abriendo!

¡Alguien iba a amenazarle por detrás!

Todo aquello era tan rápido como el gesto de los hombres al mover los revólveres. Pero la presencia de aquella otra persona detrás de Marlon provocó como un paréntesis, como una sensación de vacío. De pronto todos los gestos parecieron detenerse.

La esposa de Marlon susurró:

—¿Quién es esta mujer?

Marlon cabeceó.

¡O sea que la que estaba detrás suyo era una mujer! ¡Y no la conocían!

Por unos instantes brilló la esperanza en sus ojos al pensar que era Clara la que acababa de entrar para ayudarle, aunque no tenía motivos para hacerlo. Pero pronto aquella esperanza se difuminó. Una cosa metálica que no podía ser más que el cañón de un revólver se apoyó en su espalda. Y una voz desconocida y perfectamente opaca dijo:

—Vengo a matar a este hombre. Yo también le odio.

Marlon sintió que se le contraía la garganta.

¿Por qué aquella desconocida tenía que odiarle también? ¡Infiernos!

Y entonces ocurrió algo inexplicable, algo que le heló bruscamente la sangre en las venas.

CAPITULO XII

El cañón del revólver que le apuntaba a la espalda había oscilado a su izquierda. Tanto había oscilado que dejó de apuntar a Marlon y apareció por un costado del brazo de éste.

Todo sucedía con una enorme rapidez.

Marlon, que no comprendía la situación, apenas llegó a darse cuenta.

Pero lo cierto fue que, de pronto, sonó un chasquido junto a su brazo. ¡La desconocida acababa de disparar! ¡Acababa de atravesar la cabeza de la que aún era la esposa de Marlon!

Los otros dos hombres que estaban en el reservado lanzaron una salvaje imprecación.

Tampoco entendían nada, pero se dispusieron a actuar. Y durante unas décimas de segundo estuvo en su mano el matar a Marlon, que aún no habla «sacado».

Lo que salvó al joven fue que aquellos buitres no sabían si apuntar a Marlon o a la mujer que estaba tras él. Esa levísima vacilación les perdió.

Marlon tuvo tiempo de disparar desde la cadera. Los dos sujetos parecieron estallar contra la pared.

Uno de ellos aún pudo apretar el gatillo, pero no hizo más que enviar al diablo uno de los espejos. El otro se encogió y soltó el «Colt» mientras lanzaba un chillido de dolor.

Marlon se volvió entonces instantáneamente. Aún tenía a la desconocida a su espalda.

Pensó que ella iba a apretar el gatillo. Que iba a eliminarlo también, como había hecho con la esposa del joven.

Pero aquella mujer acababa de bajar el revólver. No parecía abrigar ninguna actitud agresiva hacia Marlon.

Este la miró fijamente, más asombrado cada vez.

Faldita corta.

Piernas sensacionales debajo.

Zapatos de alto tacón. Y unas medias de endiablada finura para que no faltase nada.

Caderas sólidas y «defensas» muy considerables. Y encima de

todo ello una cara ligeramente pecosa, unos labios mórbidos y unos ojos duros como el acero.

Era en aquellos ojos donde más se apreciaba la edad de la mujer. Esta, por supuesto, ya no era una chiquilla. Y aquellos ojos daban la sensación de haber visto tantas cosas, tantas mentiras y tantas crueldades que ya no creían en nada. Sólo debían creer en el dinero y en la violencia representada por un revólver.

Fue ella la que primero rompió el silencio, musitando:

—Mi pésame, Marlon.

—¿Por qué me lo das? ¿Cómo me conoces?

—En primer lugar te diré que a ti te conoce todo el mundo. En segundo lugar, te doy mi pésame porque sabía que esa mujer era tu esposa.

El no hizo ningún comentario acerca de su extraña boda con aquella mujer que en realidad no fue su esposa nunca. Hubiera resultado demasiado largo. Lo único que hizo fue preguntar:

—¿Por qué la has matado?

—Sabía que esto era una trampa y que iban a liquidarte. No estaba dispuesta a que eso ocurriera, puesto que te necesito.

Marlon pestañeó.

—¿Me necesitas para qué?

—Verás... Es que en cierto modo te he contratado. Puede decirse que tú trabajas para mí. ¿Hace falta que me presente? Pues bien, lo haré. Soy la dueña de todo este local y me llamo Susan Loman.

CAPITULO XIII

Marlon estaba asombrado. La verdad era que aquello tampoco lo había esperado de ningún modo.

Cuando Sierra le habló de aquel condenado asunto, no dejó de mencionarle que la instigadora de todo era una tal Susan Loman. Susan era mortal enemiga del coronel Santos, quien le había arrebatado parte de sus bienes.

Y ahora estaba allí.

Le había salvado la vida, eso era cierto. Pero sus ojos helados indicaban que no era demasiado capaz de tener sentimientos.

Marlon guardó el «Colt».

Hubiera deseado salir de allí. Era un profesional de la muerte y sin embargo, aquel camerino le producía como una sensación de vértigo.

—No sabía que tuvieras una casa en Hermosillo —dijo—. Esto está demasiado cerca de la zona de operaciones de Santos.

—Ya lo sé. Precisamente porque mis negocios están en su zona de operaciones consiguió robarme, pero eso no ocurrirá otra vez. Ahora estás tú aquí. Ahora acabarás con él.

Marlon no estaba tan seguro.

Y se había encontrado con demasiados revólveres en demasiadas esquinas.

—Quizá te hubiera resultado mejor trasladar tus negocios al otro lado del rio Grande —susurró.

—Ya tengo otros negocios similares en Estados Unidos —dijo ella —, pero los que más rendimiento me dan son los de aquí, los de este lado del río. Y no estoy dispuesta a abandonarlos porque a un coronel de tres al cuarto se le haya ocurrido chuparme el jugo.

—Veo que confías mucho en mí, Susan.

—Me han dicho que eres un auténtico profesional y que cumples un trabajo cuando lo aceptas. La prueba es que estás aquí.

—¿Y no has pensado que Santos y sus sicarios podían presentarse en Hermosillo mientras yo no estuviera?

—Claro que lo he pensado, pero sabía que tenían trabajo más al Sur. En estos últimos días, sin embargo, no he sabido dónde se

encontraban.

Marlon alzó la cabeza.

Porque comprendió que ella pronto lo sabría.

La sala, abajo, se estaba llenando de gritos.

Y, bruscamente, sonaron los salvajes estampidos de los disparos. Se oyeron alaridos de rabia y rugidos de dolor.

Alguien estaba atacando el local y los matones trataban de defenderlo. Era un ataque en regla, un ataque al que sólo faltaban los cañonazos para ser una auténtica operación militar.

Y aquello sólo podía hacerlo un grupo muy concreto de hombres. Aquello sólo podían hacerlo... ¡los esbirros de Santos!

CAPITULO XIV

La calma de Marlon fue glacial.

Susan había palidecido mortalmente, pero él no pestañeó siquiera. Oyendo el estrépito que se armaba abajo comprendió muy bien que la victoria sólo podía inclinarse por un lado.

—¿Cuántos matones tienes, Susan?

—Cu... cuatro.

—Pues me temo que no puedan hacer gran cosa. Sólo disponemos de una ventaja.

—¿Cuál?

Ella se había tranquilizado un poco ante la calma glacial de Marlon.

—No saber que estamos aquí. Santos debe haberse enterado de que has contratado a un asesino para vengarte de él, y quiere ajustarte las cuentas. No es extraño que se haya enterado de eso porque ya lo sabe demasiada gente. Pero repito: no sabe que estamos aquí. Eso me permitirá presentarle batalla.

—¿Qué... qué piensas hacer?

—Tú no te muevas de aquí. Yo haré de momento una cosa.

Tomó a los dos pistoleros muertos.

Los levantó uno con cada mano.

No podía decirse que Marlon estuviese en su mejor forma, después de la herida, pero seguía teniendo una fuerza hercúlea. Sacó a los dos hombres de allí.

La escalera estaba muy cerca, y aquella escalera descendía casi a plomo sobre la sala de juego.

Marlon se protegió tras los dos hombres, a los que sostuvo casi verticalmente, uno junto al otro, como si estuvieran vivos.

Pudo ver lo que sucedía en la sala. Le bastó una ojeada para hacerse cargo de la situación.

Los matones del local estaban tumbados por el suelo. Habían sido convenientemente rellenados de plomo.

Al menos cinco de los soldados de Santos les hacían compañía. Era imposible saber cuál de ellos estaba más acribillado a balazos.

Pero el resto de los esbirros saqueaban las mesas, empujaban a los clientes y se llevaban toda la plata. No perdonaban ni siquiera las modestas joyas de las chicas.

Estas chillaban, les maldecían, les propinaban puntapiés.

Pero eso era peor, porque si aquellos tipos se excitaban, el ataque podía terminar en una masacre.

De todo eso se dio cuenta fugazmente Marlon mientras sostenía a los dos muertos en pie. Y sucedió exactamente como él esperaba que sucediese.

Alguien vio a aquella especie de espantapájaros.

—¡Eh, muchachos! ¡Mirad! ¡Esos tipos bajan!

Los habían tomado por dos hombres vivos y además por matones del local. Los revólveres se alzaron hacia ellos.

Una lluvia de plomo se abatió sobre los dos muertos mientras Marlon los soltaba.

Cayeron estrepitosamente escaleras abajo. Los hombres de Santos bajaron los «Colt».

No se dieron cuenta de que un «vivo» había aparecido detrás de los muertos. Marlon tenía dos revólveres: el suyo y el arrebatado a uno de los pistoleros caídos.

¡Y ambos a carga completa!

Repartió por la sala un verdadero huracán de plomo.

No podía equivocarse, porque las chicas y los clientes estaban todos arrinconados, mientras que los que ocupaban el centro de la sala eran sin excepción sicarios de Santos. Y éstos cayeron como peleles bajo el fuego graneado de los revólveres de Marlon.

Doce balas.

Once hombres muertos.

Casi no se podía pedir mejor aprovechamiento del «trabajo».

El resultado fue fulminante. Ante aquella especie de diablo que

no fallaba casi nunca, los rebeldes se lanzaron hacia las puertas y trataron de huir. Dispararon también, pero sin apuntar, teniendo la confusa sensación de que les atacaban varios hombres a la vez.

Marlon saltó escaleras abajo.

Parecía un loco que buscaba la muerte, pero en realidad sus movimientos obedecían a una táctica. No podía dejar de atacar. Sus enemigos no debían tener ni una décima de segundo para pensar, para darse cuenta de que se enfrentaban a un solo hombre.

Habiendo tantos muertos en el suelo, había también muchas armas. El joven se apoderó de un rifle «Sharp».

Tenía la palanca montada. Envió una bala contra la puerta y derribó para siempre a otro hombre.

Palanca. Bala. Palanca. Bala.

Sus movimientos eran frenéticos. Sus disparos no fallaban.

Dos hombres más, sin salir todavía de su asombro, cayeron para siempre.

Los sicarios de Santos estaban huyendo vergonzosamente.

Marlon pensó que podría ponerlos en fuga, lo que le permitiría reorganizarse. Susan Loman encontrarla sin duda hombres que le ayudaran.

Pero todas las esperanzas se fueron al diablo. Se fueron al diablo apenas cinco segundos más tarde.

Cuando Marlon sintió aquel ruidito a su espalda y…

CAPITULO XV

El culatazo del rifle se clavó en su nuca de tal modo, que Marlon tuvo la sensación de que le habían cercenado la cabeza. Cayó de bruces mientras de sus labios escapaba un hilo de sangre.

Apenas había entrevisto al soldado que aparecía tras él, moviéndose con la rapidez de una serpiente. No pudo evitar el terrible impacto. Y el joven quedó tendido, con los ojos vidriosos, mientras de sus manos escapaba el arma.

Lo peor era que no había perdido el sentido del todo.

Su vista funcionaba, y su cerebro también, pero sus músculos no le obedecían. Estaba como paralítico. De ese modo se daría cuenta no sólo de su muerte, sino de todo lo que sucediera en torno suyo.

El que acababa de golpearle giró el rifle y le hundió el cañón en una mejilla.

Miró hacia el fondo de la sala.

—¿Lo liquido, coronel?

Marlon desvió la mirada angustiosamente, aunque no podía mover para nada la cabeza.

Oyó unos pasos quedos que avanzaban por entre los muertos, desde el fondo de la sala.

Y entonces vio al coronel Santos. Entonces tuvo por primera vez delante de sus ojos a aquel condenado.

Botas altas perfectamente lustradas.

Elegantes pantalones de montar.

Uniforme impecable.

Y distintivos de coronel que parecían de verdad suyos. Todo eso rematado por un rostro abotargado, macizo, que no reflejaba ninguna nobleza. Y tampoco ningún sentimiento.

Miró al caído.

—¿Quién es?

—Yo diría que el pistolero que contrataron, coronel.

—¿Marlon?

—Por lo menos él hizo toda esa matanza. Mire cuántos fiambres. No ha podido ser más que el gringo del que nos hablaron.

Santos rió silenciosamente.

—Perfecto. El que contrató Susan Loman…

—Si.

Ahora varias armas apuntaban a la cabeza inmóvil de Marlon. Alguien más preguntó:

—¿Por qué no lo acribillamos?

—Porque sería demasiado sencillo. Quiero que vea algo que le gustará de verdad.

—¿Qué ha de ver?

—Lo que hago con la mujer que me desafió al contratarle. Lo que hago con Susan Loman.

Apretó los puños y aulló:

—¡Buscadla!

Los sicarios se repartieron por la casa, excepto dos que siguieron apuntando a Marlon y otros dos que encañonaban a los clientes y a las chicas para que nadie se desmandase.

La búsqueda duró apenas unos minutos en el piso superior, donde estaban los reservados y las habitaciones de servicio.

De pronto se oyó un alarido de muerte.

CAPITULO XVI

Marlon no tuvo la menor duda de que Susan Loman acababa de ser capturada. La muchacha que le contrató a través de Sierra no había podido huir a tiempo y estaba ya en manos de los sicarios del coronel Santos.

El joven apretó los dientes con rabia incontenible, pero ése fue todo el gesto que pudo hacer.

La muchacha, en efecto, había aparecido en lo alto de la escalera entre dos de los esbirros. La hicieron caer rodando peldaños abajo.

El grito de agonía se repitió.

La falda de la hermosa mujer se había desgarrado.

Aparecieron a los ojos de todos sus fabulosas piernas.

Los ojos de Santos brillaron de deseo y al mismo tiempo de odio.

Susan intentó huir, gateando por el suelo, pero Santos demostró que no tenía escrúpulos ni sentimientos. De un puntapié la envió contra una de las paredes.

Y entonces la sujetó por los cabellos mientras la arrastraba por el suelo del local.

Aquel maldito reía locamente.

Lanzaba carcajadas salvajes mientras, al propio tiempo, parecía faltarle la respiración.

Cualquiera diría que se ahogaba.

¡Como si padeciera asma...!

Marlon, mientras aún seguía en el suelo, sintió que aquella risa martilleaba locamente sus sienes. Que era como una serie de salvajes pinchazos en el fondo mismo de su cráneo.

Recordaba aquellas carcajadas.

Las recordaba como si estuviera viviendo otra vez aquel terrible momento. Casi veinte años antes, junto al río Grande. Junto a los restos de un pequeño barco cuya quilla se pudría al sol.

Y una mujer era arrastrada por la arena.

¡Era arrastrada lo mismo que Susan Loman! ¡La arrastraba un hombre igual a aquél! ¡Un tipo que reía mientras se ahogaba como si tuviese asma!

De la garganta de Marlon escapó apenas un estertor.

El odio le impedía respirar. Le impedía pensar.

Sólo una idea maldita estaba afincada en su cerebro.

Ahora sabía quién hizo aquello casi veinte años atrás… ¡Ahora sabía quién era el miserable que había ultrajado a su madre!

* * *

El soldado que aún le tenía el cañón del rifle clavado en las mejillas estaba completamente distraído mirando el «panorama». Las piernas de Susan Loman eran lo bastante fascinantes para que él se olvidara de todo lo demás.

No se dio cuenta de que Marlon se estaba recuperando.

Y mucho menos se dio cuenta de que el joven movía poco a poco su mano derecha.

De pronto sonó aquel golpe.

El cañón del rifle había sido apartado bruscamente. El soldado lanzó un gruñido mientras apretaba el gatillo.

La bala ni siquiera rozó a Marlon. Se hundió sencillamente en una de las gruesas alfombras.

Y si el esbirro de Santos pensaba que podría hacer algo más, se equivocó. Iba a apretar de nuevo el gatillo del rifle cuando sintió como si una llamarada brotara de sus propios ojos.

Marlon acababa de apoderarse del revólver de uno de los muertos. Por fortuna para él, el suelo del local estaba materialmente tapizado de respetables difuntos.

La bala partió en dos la cabeza del soldado, si es que aquel tipo merecía ese nombre.

Se produjo inmediatamente en la sala un movimiento de estupor. Santos dejó de arrastrar a Susan Loman. Los hombres que estaban presenciando el espectáculo se volvieron hacia Marlon.

Este se había puesto en pie de un salto.

Sus ojos llameaban con un odio inextinguible, con un odio que estaba más allá de la vida y la muerte.

—¡Maldita hiena! —barbotó mirando a Santos—, ¡Tú ultrajaste a mi madre! ¡Tú la violaste junto a los restos de un barquichuelo, a orillas del río Grande!

Santos palideció.

Por un momento pareció como si los recuerdos volviesen también a él. Como si viviese de nuevo la salvaje escena, cuando él

sólo tenía veinte años y destrozó la existencia de una viuda que todavía era maravillosamente bonita.

Sus carcajadas habían cesado.

Y sólo un rugido gutural escapó de sus labios al ordenar:

—¡Matadle!

Pero eso era más fácil de mandar que de hacer. Porque Marlon tenía en la derecha un revólver con cinco balas.

Y tenía también el corazón cargado de odio.

Cargado de ansias de morir matando.

Si no pudo exterminar el falso coronel fue porque éste se colocó cobardemente detrás de sus hombres. Pero de los cinco plomos que Marlon tenía en el cilindro no falló ni uno solo.

Giró sobre sí mismo para repartir la muerte por todas partes. Dio una vuelta completa mientras disparaba rabiosamente.

Fueron cinco hombres los que cayeron de la forma más aparatosa, lanzando aullidos de dolor. Uno se estrelló contra una ventana y la rompió. Otro dio unos pasos hacia la puerta, como si tratara de huir, y de pronto se detuvo mi mientras aparecía en su rostro la lividez de la muerte. Dos más se apoyaron uno en el otro, como si quisieran sostenerse antes de la última caída. El último dio un extraño brinco y se lanzó contra los peldaños, donde quedó empotrado.

Un silencio casi irreal se hizo después de esa tanda frenética de disparos.

Un silencio que duró apenas unas fracciones de segundo y que de pronto se rompió en un griterío de muerte.

Santos, fuera de sí, volvió a repetir:

—¡Mataaaaaadleeeee…!

Un verdadero huracán de plomo se abatió sobre el lugar donde antes había estado Marlon,

Pero éste demostró la agilidad de un auténtico tigre. Saltó hacia las escaleras y desde allí a una de las lámparas.

La rapidez de sus movimientos era frenética.

Resultaba casi imposible seguirle con la vista y menos con el cañón de un revólver.

El vaivén de la lámpara lo envió al otro lado de la habitación. Derribó en su caída dos mesas de juego.

Los soldados que vigilaban a los jugadores hubieran podido

matarle en aquel momento, porque eran los que le tenían cerca. Pero bastante trabajo les costaba mantener quietos a todos aquellos tahúres, la mayoría de los cuales iban armados con pequeños revólveres de dos cañones.

Unos revólveres que ya funcionaban como mordeduras de serpiente.

Dos de los soldados habían caído para siempre. Otro gimió, herido en el pecho.

Entre los demás se produjo un terrible movimiento de desorientación. Empezaron a disparar a mansalva.

Aquella alegre casa de juego se había transformado en la siniestra casa de la muerte.

Pero Marlon seguía entero, y eso era lo que le importaba ahora. Patinó sobre las tablas enceradas, se adueñó de uno de los rifles y abrió fuego frenéticamente con él.

Había tres balas en su interior. Y tres hombres cayeron con alaridos de agonía.

Claro que Marlon no podía ver por todas partes. No pudo evitar que uno de los sicarios de Santos se situara a su espalda.

Llevaba también un rifle, pero con la carga completa. Apuntó a la nuca del joven.

Y en ese instante se oyó otro alarido de muerte.

El soldado giró sobre sí mismo mientras soltaba el arma. Y en ese instante todos pudieron ver que llevaba un largo machete mexicano clavado hasta el fondo en la espalda.

Sierra, que acababa de lanzarlo, apareció en una de las ventanas.

—¡He oído algunos «ruiditos», muchacho! —gritó—. ¡Y a un viejo granuja como yo no le pidas que se quede quieto en el hotel cuando la «fiesta» está tan cerca!

Sierra acababa de salvar la vida a Marlon, pero su situación era comprometida. Quieto en la ventana, ofrecía demasiado blanco. Dos balas volaron hacia él.

Una de ellas le rozó la frente, produciendo un hilo de sangre. Sierra desapareció instantáneamente.

Mientras tanto, Marlon habla tenido tiempo de saltar de nuevo. Chocó con una de las mesas y entonces se encontró con los ojos de una de las chicas del local.

Eran unos ojos terriblemente ardientes, terriblemente duros.

—Toma —dijo—. Este revólver está cargado. No tienes tiempo de buscar otro.

En efecto, Marlon ya no tenía tiempo de tomar el arma de ninguno de los muertos. Pero giró instantáneamente con el «Colt» que acababan de darle.

Eran varios los que venían hacia él.

No supo contarlos.

Ni falta que hacía.

Disparó a mansalva antes de que los otros hicieran fuego. Su rapidez era muy superior a la de sus desconcertados enemigos, ninguno de los cuales era un profesional. Santos los tenía entrenados sólo para esquilmar y matar a pobres campesinos. Ante un auténtico verdugo profesional como era Marlon, poco podían hacer.

Cayeron estrepitosamente.

El plomo los barrió como un golpe de escoba.

Mientras tanto, Sierra estaba haciendo fuera una labor muy eficaz. No intervenía en lo que pasaba dentro, pese a que la situación de Marlon podía hacerse desesperada, pero evitaba que llegaran refuerzos. En efecto, cinco sicarios de Santos, que se encontraban fuera y trataban de llegar al local, fueron abatidos de cinco disparos de rifle.

Santos se dio entonces cuenta de algo que le pareció increíble: ¡sus hombres estaban sufriendo una terrible mortalidad! ¡Pronto iba a quedarse solo!

Lo peor era que no veía quieto a Marlon ni dos segundos. Varias veces disparó contra él y siempre falló, porque el joven pistolero desaparecía entre las mesas como por encanto.

Santos fue a salir por una de las ventanas.

Sabía que su huida podía desencadenar el pánico entre sus soldados, pero tampoco quería arriesgarse a una bala en la cabeza. Sabía que Marlon venía a por él.

Tenía ya medio cuerpo fuera, cuando una bala le detuvo en seco. Y vio a Sierra que, después de fallar el tiro por poco, alzaba nuevamente el rifle.

Santos no tuvo más remedio que dejarse caer hacia el interior. Y vio entonces que la situación habla empeorado.

Se estaba haciendo trágica.

Marlon empezó luchando solo, en un desesperado deseo de

venganza. Pero ahora ya no estaba solo ni mucho menos, porque Susan Loman se había apoderado de su arma y disparaba también. Y porque los tahúres antes inmovilizados empleaban sus pequeños «Derringer» con una eficacia mortífera.

Hasta las chicas peleaban.

Algunas de ellas habían sacado cuchillos y otras manejaban ya los «Colt» de los muertos.

Los que pomposamente se titulaban «soldados» de Santos no sabían ya adónde ir.

Disparaban furiosamente, pero con el riesgo de matarse unos a otros. Corrían atolondrados por la sala y no hacían más que cruzarse en el camino del fuego.

Santos empezó a subir hacia el piso superior. Confiaba en que desde allí le sería más fácil saltar por una ventana.

Marlon disparaba desde detrás de una mesa y no le vio. Tenía bastante con frenar a tiros a los soldados que parecían surgir de todas partes.

Atolondrados como estaban, se ponían estúpidamente ante su línea de tiro.

Ese atolondramiento no era fruto del azar. Ahora les baleaban desde todas partes, en especial desde las ventanas, pues Sierra cambiaba continuamente de emplazamiento y vaciaba a velocidad de vértigo la recámara de su rifle.

También los tahúres del *saloon* estaban demostrando que eran unos tiradores excepcionales. Realmente siempre habían sido maestros en el arte de «sacar» con disimulo y de acribillarle a uno a corta distancia. Y los clientes, muchos de ellos reclutados entre lo mejorcito de la región, tampoco se quedaban mancos.

La casa de juego se estaba convirtiendo en un cementerio. Los sicarios de Santos caían por todas partes. Y la tropa que le dio el dominio de la comarca se convertía simplemente en un montón de muertos.

Por eso Santos trató de huir. Pero fue Susan Loman la que le vio desde abajo.

—¡Quieto maldito!

Ella llevaba un «Colt» en la derecha. Santos se volvió con la velocidad de un reptil.

Era un gran tirador. Manejaba las armas mejor que cualquiera de

sus esbirros.

La bala de calibre pesado cortó el aire.

Y en la frente de la mujer se produjo un seco chasquido. Sus ojos se desencajaron.

El plomo le acababa de penetrar entre los ojos.

Santos se volvió. Una sonrisa de triunfo flotaba en sus labios.

Acababa de esquivar el peor peligro. Ahora ya nadie le atraparla.

Pero el gemido de Susan Loman en el momento de morir, había llamado la atención de alguien. Por encima del estruendo terrible de los disparos, aquel gemido fue para Marlon como una brutal llamada de alerta. Inmediatamente se dio cuenta de lo que sucedía.

Y dio un salto hacia las escaleras.

Santos se volvió.

Ahora su sonrisa habla desaparecido.

Sus ojos estaban inyectados en sangre.

Disparó de nuevo, pero esta vez se enfrentaba a un auténtico profesional que fue tan rápido como él. Los dos hombres se contorsionaron mientras se enviaban sus mensajes de muerte.

Y los dos fallaron.

Más que en disparar, habían tenido que pensar en esquivar la bala del otro. Sus plomos se perdieron, mientras Santos entraba en uno de los reservados.

Ya no sabía por dónde huir.

Sus ojos estaban desencajados de miedo.

Y Marlon se lanzó tras él. Se abalanzó hacia la puerta mientras en su cerebro flotaba un solo pensamiento: *«Muerte…*

CAPITULO XVII

Santos baleó desesperadamente la hoja de madera al notar que su enemigo estaba tras ella. Confió en la suerte y en la posibilidad de acribillarle cuando empujara. Pero Marlon era demasiado astuto para dejarse cazar en una trampa así.

Dio un puntapié e inmediatamente se situó a un lado. Las balas acribillaron la hoja de madera.

Cuatro orificios redondos.

Marlon, además, los había contado. Cuatro balas y las dos que Santos había gastado (una para matar a Susan y otra para frenarle a él en la escalera) eran seis. Aun dando por descontado que Santos dispuso de un «Colt» completamente cargado, en este momento no debía tener en el cilindro ni una sola bala.

Marlon empujó la puerta.

La hoja de madera se hundió ante aquella especie de huracán.

Santos había empuñado febrilmente un cuchillo, ya que ahora no podía disponer de ningún arma más. Se lanzó hacia Marlon mientras de su garganta brotaba un grito de odio.

Marlon ya esperaba aquello. Lo recibió de un terrible puntapié al estómago.

El otro saltó hacia atrás. Rebotó contra la pared y vino derecho contra los puños de Marlon.

En uno de éstos había un «Colt».

Lo empuñó como una maza.

El chasquido de huesos se debió oír hasta en la calle. Santos no pudo lanzar más que un gorgoteo mientras el dolor de su mandíbula rota le llegaba hasta el fondo de los nervios.

Cayó de rodillas.

No era más que una piltrafa. Se sujetó la mandíbula con ambas manos mientras los ojos se le salían de las órbitas.

Marlon le envió otro terrible puntapié, ahora al pecho.

Debió dejarle sin respiración. Gateó por el suelo mientras en su boca se dibujaba el rictus de la muerte.

Y Marlon alzó el martillo de su revólver. Casi veinte años había tardado la venganza, pero ahora la venganza ya estaba allí. Pensó

vaciar lo que quedaba en el cilindro y vaciar todo el plomo en la cabeza de aquel miserable.

Santos le miró desde el suelo.

Había dejado de sujetarse la mandíbula.

Su mirada era patética.

—No... no tires —suplicó—. Tengo dinero...

Marlon no le contestó siquiera.

Cerró el dedo sobre el gatillo.

Todo lo que dijo fue:

—Adiós, perro.

Y en ese momento una mano se posó en su brazo derecho. Una voz de mujer dijo suavemente:

—No tires, Marlon.

CAPITULO XVIII

Marlon pensó en el primer instante que la persona que le hacía aquella súplica era Clara, lo cual le hubiese parecido muy lógico. A Clara le dolería ver morir a su hermano, aunque su hermano fuera un miserable.

Pero en seguida se dio cuenta de que la voz no era de la muchacha. No. Era una voz mucho más suave y quizá mucho más gastada. Mientras se volvía, Marlon pensó que aquella voz no la había oído nunca.

Sus ojos se entrecerraron.

No lo entendía.

Aquella mujer no era de las que solía frecuentar un tipo como Santos. Esta, aunque conservara una serena belleza, era ya bastante mayor. Incluso tal vez sobrepasaba en edad al propio Santos. Debía tener entre los cuarenta y dos y los cuarenta y cinco años.

Marlon se fijó en todos los detalles quizá porque la aparición de aquella mujer le había sorprendido tanto. Se dio cuenta de que iba muy bien peinada y discretamente vestida. Su expresión era dulce. Su mirada estaba clavada en el rostro de Marlon.

Este musitó:

—¿Me pide que no tire? ¿Por qué?

—Te lo ruego.

Santos no intentaba huir. Estaba tan deshecho que no se movía del rincón donde permanecía hecho un ovillo.

El joven guardó el «Colt».

No sabía por qué, pero aquella mujer le infundía un cierto respeto. Quizá era por su edad. Quizá por su mirada suave. Quizá porque su vestido resultaba tan distinto de los que usaban las mujeres en aquel antro.

Ella insistió:

—Te lo ruego.

En aquel momento entró Sierra.

Sierra venía borracho de sangre. Para él había sido una «fiesta» por todo lo alto.

Miró a Santos con ojos sanguinolentos.

Y mientras le apuntaba con su rifle barbotó:

—¿A qué esperamos?

El propio Marlon se sorprendió al oír su voz mientras daba aquella orden:

—No dispares, Sierra.

—¿Y qué vas a hacer con este tipo? ¿Meterlo en un museo? ¿O plantarlo a ver si cría?

—Lo que puedo asegurarte es que no vivirá. Pero antes quiero saber qué es lo que ha pasado abajo.

—Una escabechina, amigo.

—¿Qué ha sido de esos esbirros?

—Sólo han podido huir unos pocos. El resto están… ¿cómo te diría…? Je je… ¡Forman una auténtica pila de muertos! ¡Va a costar tanto trabajo sacarlos que yo creo que más valdría enterrarlos aquí mismo!

—O sea que ese grupo falsamente militar de Santos está del todo destruido…

Sierra dio un puñetazo al aire, sin poder contener su alegría.

—Parecía increíble cuando lo empezamos, ¿verdad? ¡Increíble del todo! Tú dijiste que era una locura, pero que te meterías en el mejunje. Yo sabía que sólo en un hombre como tú podía confiar. ¡Por todos los infiernos! ¡Vamos a forrarnos, macho!

Para Sierra aquél era un negocio como otro cualquiera, pero para Marlon tenía un aspecto distinto. Por eso susurró:

—Lo primero que hay que hacer es saber dónde está el dinero del que se apoderó Santos.

—¡Nada tan sencillo! ¡Ahí, a tus pies, tienes al perro! ¡Pídele que ladre!

Los ojos de Marlon se volvieron hacia el aterrorizado Santos.

—¿Dónde? —preguntó.

—Yo creo que… —farfulló el otro. Y de pronto se atragantó antes de gemir—: ¡Te lo diré si llegamos a un acuerdo!

—No hay acuerdo entre tú y yo, Santos. Tengo demasiadas cosas de que vengarme. De modo que hablas ahora o revientas ahora.

—Es que…

Marlon alzó el «Colt» de nuevo.

Estaba claro que iba a disparar. No le daba el menor asco matar a aquella alimaña.

Y de pronto la voz de la mujer de mediana edad que estaba tras él volvió a oírse de nuevo.

—Yo te lo explicaré —dijo suavemente.

Marlon se volvió nuevamente hacia ella.

Otra vez aquellos ojos suaves. Otra vez aquella mirada tan tranquila y tan distinta de la de Santos.

—¿Dónde está el dinero? —susurró Marlon.

—Lo tiene depositado en diversos Bancos de Estados Unidos —musitó la mujer—. El coronel es un hombre ordenado. Todo lo que robaba lo ponía a buen recaudo, al otro lado de la frontera.

—¿Cómo puede usted demostrarme eso?

—Es muy sencillo.

—Pues dese prisa en demostrarlo antes de que se me canse el dedo. Ya estoy deseando saber qué color tiene la sangre de esa hiena

Ella susurró:

—Tú eres un profesional, ¿verdad, Marlon?

—Exacto. Vivo de esto. Me meto en cochinas aventuras y me pagan un cochino dinero.

—En ese caso la fortuna del coronel es un detalle esencial para ti. Lo comprendo. Y por eso voy a demostrarte en seguida que no he mentido al hablarte de los Bancos norteamericanos.

Su vestido, que era elegante, llevaba dos pequeños bolsillos junto a la cintura. De uno de ellos extrajo una pequeña carterita de hule, que abrió ante los ojos de todos.

—Toma. Léelo.

Había unas cuantas hojas de papel allí. Marlon las supo identificar en seguida porque un aventurero de su clase tenía que conocer los documentos bancarios. Se trataba de diversas certificaciones de depósito en algunos Bancos tejanos, certificaciones que estaban en vigor y que ascendían a la suma de trescientos veinticinco mil dólares.

Es decir, que el dinero existía, y además sabían dónde ir a buscarlo. El casi medio millón de que le habló Sierra aquella noche, era una realidad.

Marlon miró a Sierra.

—Abajo debe haber algo para escribir, ¿no?

—Sí, claro. En la caja.

—Súbelo.

Cuando Sierra hubo traído un tintero y una pluma, Marlon lo puso todo frente al aterrorizado Santos.

—Firma en el reverso de todos esos documentos —ordenó—. Luego yo mismo escribiré encima los detalles para que el dinero me sea transferido a mí.

El coronel no podía negarse a firmar. Sabía que con aquello se jugaba la piel.

Estampó su firma al dorso de aquellos documentos. Ahora, mediante una serie de simples trámites, Marlon podía hacer suyo todo aquel dinero.

Sierra, entusiasmado, gritó:

—¡Hurra...!

—No tan aprisa, amigo —dijo Marlon, volviéndose—. En primer lugar, parte de este dinero era de Susan Loman.

—Pero... ¡Pero ella ya está muerta! ¿Para qué lo quiere? ¿Qué whisky se va a zampar y qué coloretes se va a poner en el otro mundo?

—Ella no necesita nada, pero están sus empleados. Y hasta las chicas. Todos ellos nos han ayudado valientemente y tienen derecho, al menos, a que se les abonen sus sueldos. Ah... Y tal vez les ceda el local para que lo organicen por su cuenta.

Sierra estaba asombrado. Su boca se había abierto cosa de medio palmo, hasta formar una gran «o».

—Pero Marlon... —balbució—. ¡No me digas que ahora te has vuelto honrado! ¡Tú vives de esto! Para que nos entendamos... ¡tú eres un granuja!

—Lo cual no impide que trate de ayudar a los que trabajan. Y otra cosa. Parte del dinero ha sido también arrebatado a campesinos pobres de México.

—Eso lo sabe todo el mundo, pero...

—¿Pero qué?

Sierra casi lloraba.

—¡Muchacho, que nos vamos a quedar sin nada! ¡Y tú sabes que nos lo hemos ganado con nuestro gatillo!

—Algo nos quedará —dijo Marlon—. No temas, no saldremos perdiendo. Pero antes de disponer de ese dinero quiero saber a quién le ha sido arrebatado injustamente.

Y antes de que el otro protestara, ordenó:

—Ata bien a este cerdo. Atalo tan fuerte que no pueda ni respirar. Yo decidiré luego si lo ahorco o lo hago arrastrar por un caballo.

Tomó suavemente a la mujer de mediana edad y la sacó de allí. En aquel local lleno de reservados resultaba muy fácil encontrar un sitio donde hablar privadamente.

La mujer se apoyó en la pared. Tenía una mirada quieta y penetrante. Su expresión era tranquila y había en ella algo que infundía confianza.

Musitó:

—Te agradezco mucho lo que has hecho, Marlon.

—¿Por qué?

—Ya sé que Santos es un cerdo en muchos aspectos, pero después de todo, él… él no se portó tan mal conmigo.

Marlon pestañeó.

No entendía nada. O mejor dicho, empezaba a sentir algo que hacía temblar sus labios.

Ella bisbiseó:

—Después de aquello me… me convirtió en su esposa.

—¿Después de… de «aquello»?

—Sí. Hace casi veinte años que sucedió. Tú tenías cinco.

—¿Qué fue lo que sucedió?

—No me digas que no lo recuerdas. He oído conversaciones. He hablado con personas que conocen tu historia. Sé que aquello marcó tu vida.

Las manos de Marlon estaban heladas.

Una corriente de aire frío le pasaba por la columna vertebral. Y al mismo tiempo una sensación tierna, dulce, le llenaba el alma.

—Yo me entretenía dibujando para ti pequeños corazones en los cristales de las ventanas —susurró la mujer—. Sabía que esto te entretenía.

Marlon cerró un momento los ojos. Recordó lo que había sentido aquella vez, en un hotel, cuando estaba con Sierra. Y cuando vio una ventana en la cual había un diminuto corazón pintado.

La voz llegó hasta él mansamente, como viniendo desde el fondo del tiempo:

—Aquello fue a orillas de rio Grande. Había un pequeño

barcucho pudriéndose al sol. Yo te perdí entonces. No supe más

qué era lo que había pasado contigo…

Los ojos de Marlon estaban clavados en el rostro de aquella mujer. Estaban como hipnotizados por ella.

—A poca distancia —continuó la voz—, mataron a un pistolero llamado Campbell. Algunas personas le rodeaban mientras moría, pero nadie trató de ayudarme. Sólo tú… pero alguien te clavó un revólver en la frente. Yo grité desesperadamente que no te mataran. Luego… luego perdí el sentido. Ya no volví a verte.

En la garganta de Marlon se habla formado como una bola suave y tierna.

Le costaba tanto respirar que no podía pronunciar una sola palabra.

—Todo eso es horrible —continuó ella—, pero debo reconocer que luego Santos no se portó mal conmigo. Te soy sincera. Me convirtió en su esposa y a su manera me respetó. Hasta es posible que te hubiera cuidado, caso de saber dónde estabas tú.

Marlon dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo.

¡Dios santo! Aquello lo cambiaba todo.

Sabía que, fríamente, ya no podría matar a Santos.

Y al mismo tiempo, una poderosa fuerza interior le impulsaba a acoger en sus brazos a aquella mujer, pero sin embargo no podía. ¡No podía! ¿Qué era lo que le estaba sucediendo? ¿Tal vez el peso de los años pasados sin ella le impedía abrazar a su madre?

Ella se dio cuenta.

—Comprendo que es un sentimiento lógico —dijo amargamente con un soplo de voz—, porque para ti es como si yo hubiera salido de una tumba. No puedo pedirte que me quieras, ni que me respetes, ni tan sólo que me creas. Pero sí que te pido que me acompañes al lugar donde todo aquello ocurrió. Tal vez así te des cuenta de lo que ha representado para mí esperarte durante veinte años.

Marlon se dio cuenta de que unas lágrimas quemaban en el fondo de sus ojos. Eran unas lágrimas ardientes y que le hacían daño como si se tratara de gotas de ácido.

Pero no lo demostró.

Cualquiera que le viera habría pensado que su rostro permanecía perfectamente impasible.

—Iremos allí —musitó—. Al fin y al cabo el río Grande está apenas a una jornada de marcha. Me llevaré a Santos y decidiré allí

lo que debo hacer con él. No prometo nada.

Salió, cerrando la puerta a su espalda.

Respiraba agitadamente; tenía en algunos momentos la sensación de ir a ahogarse.

Quizá nunca, en toda su vida aventurera, había pasado por una emoción como aquélla.

Hubiese querido abrazar a su madre, tenerla en los brazos, decirle lo que sentía.

¿Pero qué sentía?

¿Era posible que la vida aventurera hubiese matado sus sentimientos? ¿Por qué no quería enternecerse? ¿Por qué su carácter seguía siendo duro como una roca?

Sierra vino entonces hacia él.

Se asombró al verle, porque la cara de Marlon debía ser completamente distinta de la que tenía los otros días.

—¿Qué te pasa?

—Nada. ¿Por qué?

—Pues tienes una cara distinta... En fin, ése es asunto tuyo. Quiero decirte que he atado bien a Santos y lo he sacado de aquí, arrojándolo por una ventana, para que no lo linchen. Ah... Los propios empleados de Susan enterrarán a los muertos y se harán cargo de esto.

—Te has movido aprisa, Sierra. No se pueden hacer más cosas en menos tiempo.

—Pues aún no te he contado otra cosa más que acabo de hacer.

—¿Cuál?

—He ido a buscar a Clara. Quería contarle lo sucedido porque creo que tiene derecho a saberlo,

—Eso es evidente. Sigue.

—Pues bien, ha desaparecido. No hay rastro suyo en el hotel. Se ha evaporado como si se la hubiera tragado la noche.

Ahora sí que Marlon sintió un brutal vacío en el pecho.

Clara había desaparecido. Desde el primer momento supo que caminaban por senderos distintos y que tendría que perderla para siempre, ya que la muerte de, Santos les distanciaría de una forma irremediable. Pero ahora esa certeza se había transformado en una amarga realidad. Ahora sabía que nunca más volvería a ver a Clara.

Sierra musitó:

—Me doy cuenta de que eso te ha afectado mucho, Marlon.

—Olvídalo.

No quiso demostrar sus sentimientos. Y hasta trató de sonreír.

—¿Qué quieres que hagamos ahora? —musitó Sierra, quien por lo visto estaba decidido a no plantearle dificultades.

—Cargaremos a Santos en un caballo y nos largaremos de aquí.

—¿Largarnos? ¿Adónde?

Marlon chascó los dedos al decir bruscamente:

—En dirección a río Grande.

CAPITULO XIX

No fue difícil, siguiendo los recuerdos de Marlon y las indicaciones de la mujer, llegar hasta aquel sector del rio en que éste bajaba más encajonado y más tumultuoso. A un lado se encontraba México y al otro Estados Unidos. Pero el río no podía vadearse por aquella zona, que era una de las más abruptas, y eso explicaba la existencia, en otro tiempo, de un barquichuelo de ruedas que comunicaba poblaciones de una y otra orilla.

Ahora aquel barquichuelo no era más que puro recuerdo.

No quedaba nada de su cubierta.

Su maderamen se pudría al sol. Las partes metálicas estaban roídas por el orín. La que fue sólida quilla ya había empezado a partirse en trozos.

La chimenea negra estaba hundida en la arena de la orilla. Era como un tubo ancho y clavado profundamente. Como el último y mudo testigo del tiempo y de la tragedia.

Marlon volvió a cerrar un momento los ojos. Los pensamientos le atormentaban, le pinchaban como alfileres.

No había estado allí en veinte años.

Aquél fue el sitio donde estuvo a punto de perder la vida y donde ésta se transformó para él.

Aquel lugar había cambiado su destino.

Y sin embargo, pese a los casi veinte años transcurridos, todo estaba aparentemente como entonces. Pocas personas pasaban por allí al no existir el barco, ya que el rio era fácilmente vadeable por otros sitos. Incluso, medio enterrado en la arena, se distinguía un esqueleto blanqueado y con los huesos ya desunidos. Seguro que tenía que ser el de Campbell, el pistolero al que liquidaron allí, sin que jamás se hubiera encontrado la fortuna que llevaba encima.

Marlon sabía que estaba en el lugar donde se originaron sus malditas pesadillas. El revólver con el que le apuntaron cuando arrastraban a su madre... La arena... ¿Pero dónde estaba el precipicio por el que se lanzó o fue lanzado? ¿Dónde las paredes de roca negra?

Miró tras él.

Fue como si sus ojos se volvieran hacia el pasado que existía aún. La mujer que allí sufrió la peor pesadilla de su vida. El hombre que la ultrajó, quien iba atado de manos. Y Sierra, que lo vigilaba todo con su rifle.

Marlon volvió a girar la cabeza.

Algo le atormentaba. Se daba cuenta de que tenía la verdad en la punta de la lengua. ¡La sencilla y definitiva verdad!

¿Pero cuál era?

¿Hacia dónde se dirigían aquellos pensamientos que él ya no era capaz de controlar?

Y de pronto lo comprendió.

Fue como un chispazo.

No tuvo que hacer ningún esfuerzo para descubrir la verdad, a partir del momento en que ligó sus emociones y sus recuerdos. Todo estaba claro como las aguas del rio Grande.

—Ahora lo comprendo —dijo en voz alta—. Campbell, cuyo esqueleto aún está ahí, se sabía perseguido de cerca y lanzó por la chimenea el maletín lleno de oro robado. Más de cien mil dólares. Era un escondite algo primario, pero un escondite al fin; y a veces esos lugares insospechados son los que mejor resultado dan. Sus perseguidores lo alcanzaron aquí mismo y lo hirieron gravemente. Mientras agonizaba, trataron de arrancarle unas palabras: el paradero del oro.

Sierra, que se había adelantado un poco, abandonando la vigilancia, musitó:

—Te voy comprendiendo. Sigue...

—Mientras tanto los hombres de Santos nos rodearon a mi madre y a mí, que habíamos sido testigos de aquel drama. Santos se llevó a mi madre a rastras por la arena mientras yo trataba de ayudarla. Uno de los forajidos me clavó un revólver en la frente.

—¿Y qué? —musitó Sierra—. Todo esto liga con tus recuerdos. Sigue.

—En un momento de distracción de aquel tipo, que debía estar interesado por el espectáculo, yo debí trepar por esa chimenea hincada en la arena. Hay cosas que uno no hace normalmente y que sin embargo le salen bien en un momento de desesperación. Luego caí al fondo, es decir al interior. Eso fue lo que dejó en mí la horrible sensación de que caía por un barranco de paredes negras.

—¿Pero... pero cómo pudiste salir? —musitó Sierra.

—Seguro que pude hacerlo porque el diámetro interior de la chimenea debía medir la longitud exacta de mi cuerpo con los brazos extendidos —dijo Marlon—, A un muchachito ágil y además asustado, le bastaba con ponerse horizontal en el aire apoyando manos y pies en la chimenea. Y así es seguro que pude subir. Cuando lo conseguí, ya mi madre y los hombres de Santos habían desaparecido. Debí salir corriendo en su busca, aunque inútilmente. Y sin embargo, aún debía estar ocurriendo un drama muy cerca: Campbell aún no debía haber muerto.

—¿Y... y qué?

—Campbell debió pensar, mientras agonizaba, que yo me llevaba el maletín con el dinero. En realidad ni debí verlo. Por eso sus últimas palabras fueron que el oro lo tenía un chico llamado Marlon. Pudo conocer mi nombre porque mi madre debió llamarme en un momento de desesperación.

Los ojos de Sierra se iluminaron. Estuvo a punto de dar un brinco sobre la silla.

—Pero entonces... —barbotó—. ¡Entonces el oro aún debe estar ahí!

—Es más que probable —susurró Marlon—. Seguro que en veinte años nadie ha tocado esa ruina de chimenea. Por lo tanto, disponemos de más de cien mil dólares, Sierra. Y ésos sí que no hay que devolverlos. Ya te dije que no perderíamos.

Sierra alzó los brazos, mientras lanzaba el rifle al aire. Y gritó:

—¡Yupiiiiii...!

Pero su grito de entusiasmo fue cortado por aquella voz helada. Por aquella voz metálica que decía:

—No está mal... Salvamos la vida y nos llevamos más de cien mil dólares... ¿Qué os parece si vuestros malditos esqueletos hacen compañía al del bandido Campbell...?

* * *

Otra vez aquella sensación de que todo era una pesadilla. Otra vez aquella sensación de hielo en las venas.

Marlon se volvió poco a poco.

Los ojos antes tan cálidos, eran ahora fríos e inhumanos. La boca llena de suavidad tenía ahora una dureza metálica. Las manos que

decían ser de su madre empuñaban un «Colt».

No fue eso lo que dolió a Marlon.

No fue el saber que iba a morir.

Fue el saber que su verdadera madre también estaba muerta...

—No podía emplear otro truco para que no mataras a Santos —dijo la mujer fríamente—. Tampoco era tan difícil, conociendo tu historia y sabiendo lo mucho que me ayudarían mi edad y mi aspecto. Pero yo no soy tu madre, la cual murió cerca de aquí, sino que soy la administradora de la fortuna de Santos. Por eso tenía los documentos. Y no podía negarme a ayudarte en principio, pero ahora te tengo a mi merced. Estamos a un paso de Estados Unidos, podré recuperar los resguardos bancarios, podré matarte, podré salvar a Santos... ¡y aún encontraré el maletín de Campbell! ¡Menudo premio que no esperaba ya! ¿No es maravilloso?

Se había exaltado. Sus ojos despedían fuego.

Ahora aparecía tal como era. Ruin, ambiciosa, despreciable... ¡un alma gemela del alma podrida de Santos!

Y lo peor era que Marlon ya no podía salvarse.

Ella empuñaba el «Colt» y le apuntaba ya a la cabeza. Siempre sería más rápida.

Santos barbotó:

—¡Mátale! ¡Mátale ya! ¿A qué esperas, zorra? ¡Vacíale la cabeza! ¡Quiero verlo...!

La mujer rió siniestramente. Fue a apretar el gatillo mientras Marlon se mantenía impávido y mientras Sierra lanzaba una maldición.

Las dos balas rasgaron el aire.

Las dos balas de rifle.

Una alcanzó en la nuca a la mujer. La otra alcanzó en la nuca a Santos.

Los dos cayeron blandamente de sus monturas. No exhalaron ni un grito. Los dos hicieron que las arenas se tiñeran de sangre.

Marlon miró hacia atrás, hacia la vegetación que bordeaba la zona arenosa del río.

Y entonces la vio. La vio bambolearse sobre la silla como si ya no pudiera mantenerse en ella.

Era Clara.

Clara con un rifle todavía humeante.

¡Clara que cayó en sus brazos sollozando!

—Oí lo que te decía en aquella habitación —musitó—. Yo sabía que era la administradora de mi hermano, que no era tu madre... Y os he seguido. Lo he hecho porque... ¡porque no puedo vivir sin ti, Marlon! ¡Porque iban a matarte! ¡Y porque sé que no hubiera podido resistirlo!

Las lágrimas de la mujer quemaban las mejillas de Marlon. El la atrajo hacia sí, poco a poco.

Sierra chascó los dedos.

—Ya han terminado tus sueños, Marlon —susurró—. ¡Pero menudo despertar te espera! ¡Despertar en la vicaría! ¡Claro que con un maletín de oro todo se aguanta!

Y se dirigió hacia la chimenea empotrada en la arena.

Clara y Marlon ni le vieron.

Sus labios se estaban rozando...

F I N

50074

9 788402 092779

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.